

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Phillip Lancelom: El anarquismo y la burguesía.—Ramón Sender: Los libros y los días. Otra vez Hugo, el abuelo proceloso.—Eusebio C. Carbó: Color de las horas. Por los fueros de la pasión.—Alberto Carsí: La fotografía panorámica, ciencia del futuro.—El pensamiento de Manuel González Prada.—A. Prunier: Las ilusiones perdidas de un dictador revolucionario.—Puyol: Ciudades españolas: Jerez de la Frontera.—Doctor Pedro Vallina: El alcohol, la mujer y el niño.—Suno: Breviario filosófico.—Conrado Lizcano: Cares y calles. ¡Ese angustioso vacío de ahora!—James Guillaume: Biografía de Miguel Bakunin (folletón encuadernable)

Noviembre
1956

71

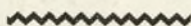
Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA



SERENIDAD

El dibujo en madera es artísticamente poco apreciado. Y aquellos que a este aspecto de la creación de arte se han dedicado, no han obtenido nunca que sus nombres alcanzasen la fama universal conseguida por pintores o escultores.

Sin embargo, hoy la xilografía es uno de los trabajos del intelecto humano más notables. Es, en cierto modo, lo que guarda relación más directa con las primeras manifestaciones artísticas del hombre y allí donde la evolución aparece más visible.

Contemplemos con admiración el dibujo en madera que ilustra este número la portada de «CENIT». Su autor, casi anónimo, lo tituló «Serenidad». Y preguntémosnos con asombro cómo es posible dar, con menores rasgos, sin el auxilio del color, sin otros medios que la interpretación directa de la naturaleza, una sensación tan grande de paz, de serenidad, de reposo de todas las cosas, como extáticas, de lejanía profunda, de melancolía.

El dibujo en madera merece ser elevado a la categoría de arte fundamental, para el que se requiere más paciencia, más capacidad, mayor poder de captación de los detalles, que para muchas otras manifestaciones artísticas.



REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

EL ANARQUISMO Y LA BURGUESIA



EXISTE el viejo tópico de los marxistas, particularmente de los del tipo bolchevique, de que el anarquismo es una ideología burguesa. Corrientemente se acredita a Lenin de haber dado origen a ese cuadro de falsedad, el cual ha sido servilmente voceado por sus secuaces a través de los años.

La razón de ésto es no solamente que nuestros oponentes están siempre dispuestos a usar cualquier mentira para atacarnos (recuérdese a Carlos Marx con sus ataques deshonestos contra Bakunin diciendo que éste era un espía zarista), sino que los socialistas en general consideran la centralización como progresiva y la aserción anarquista de la importancia del individuo como consanguínea al individualismo de empresa privada capitalista.

Lo que los marxistas harán de una forma permanente, será el no reconocer que el anarquismo reconcilia los intereses de la sociedad y los del individuo en un sentido que ni los capitalistas ni los socialistas son capaces de hacerlo.

El individualismo burgués le da al individuo el «derecho» a explotar a su semejante, a hacer uso o desuso de su propiedad y a poner en prácticas usos y costumbres contrarias al bien público. De otro lado, el socialismo, por lo que hemos visto en la práctica, da al Estado todo el Poder para que explote a todos los hombres, haga uso o desuso de toda la propiedad y ponga en práctica usos y costumbres contrarias tanto al bien público como privado.

El anarquismo presenta alternativas a estos sistemas insatisfactorios con la socialización de los medios de vida sin control centralizado de la vida de los pueblos. El objetivo del anarquismo con el control de los medios de producción y de distribución es la respuesta

a ambos, al control del patrono en provecho propio y al control del Estado por el poder de Estado. No puede mantenerse la opinión de que existe nada en común entre el individualismo capitalista busgués en el que patronos compran o alquilan edificios, compran o venden maquinaria y después compran o alquilan trabajadores para producir artículos que los patronos reclaman como propios, y una situación en que los edificios e instalaciones no son propiedad de nadie sino que son controlados por los trabajadores en libre cooperación para producir lo que ellos y el resto de la sociedad necesitan.

Esta situación excluye la necesidad de patronos y burócratas en el hecho de que la función que éstos realizan — dirección — es compartida por los trabajadores quienes conllevan una responsabilidad de grupo en su labor conjunta. Los anarquistas, contrariamente a la burguesía y a los marxistas de hoy, no creen que los trabajadores son incapaces de dirigir sus lugares de trabajo. Estamos de acuerdo en que ellos son incapaces de «gobernar» el país; ¡pero en ese mismo trance se halla todo el mundo!

Pues hasta aquí, en todos los países, cualquiera que haya sido el grupo que ha escalado el Poder para gobernar el país, le ha sido posible hacerlo solamente en interés de cierta parte de la población. Y mientras más tiempo permanece un grupo en el Poder, menor se hace la parte en cuyo interés gobiernan el resto; hasta en extremos ejemplos, encontramos una ejecutiva gobernando pura y simplemente en su propio interés. Tal situación normalmente precipita una revolución, si la ejecutiva no se ha tomado el trabajo (como en Rusia) de crear fuerzas de seguridad de tal poder para intimidar a la población y frustrar todos los medios efectivos de expresión popular.

En Gran Bretaña la burguesía y la clase trabaja-

dora representan las dos grandes divisiones en la sociedad, y en el conjunto, los torys claman la obediencia de la primera y el partido laborista la de la segunda. Pero la división entre las dos clases es tan confusa que existe un número considerable de gente que no pueden aliarse permanentemente con una clase o con la otra, que se expresan en tiempo de elecciones como «votos flotantes». En unas elecciones votarán por los laboristas porque los torys no les han satisfecho; la próxima vez volverán a la candidatura conservadora porque los laboristas les han fallado. ¡Y ésta es la gente que efectivamente gana las elecciones y escoge a los que serán nuestros jefes políticos para el próximo período electoral!

Lo que, empero, escogen en realidad, es la parte de la burguesía que nos gobernará, o en cuyos intereses seremos gobernados. Porque siempre somos gobernados en interés de una clase de burguesía o de otra. Los torys nos gobiernan en interés de los propietarios y los sustentadores del capital; los laboristas nos gobiernan en interés de los interventores del capital público, la burocracia, la clase directiva. Ninguno de ellos va a gobernar nunca en interés de la clase trabajadora, ya que el gobierno sólo puede ser mantenido a través de medios de explotación; el interés de los trabajadores es el deshacerse de la explotación y, por ende, deshacerse del gobierno. ¡Y no ha habido un gobierno hasta el presente, dispuesto a hacer ésto!

En Rusia — para muchos marxistas la demostración de sus teorías —, la revolución industrial que ha sido introducida de una forma tan feroz y a tan grande costo por Stalin y sus secuaces, ha creado un proletariado moderno. (En el sentido estricto ésto debería haber «precedido» a una revolución social, pero en 1917 las masas rusas decidieron que no podían esperar a que el proceso histórico les convirtiera en proletariado.) **Pero ésta ha creado también una burguesía.**

Anteriormente a 1917, la sociedad semifeudal rusa consistía casi en su totalidad en la aristocracia y gente de campo. Por varios medios (igual que la liquidación de los kulaks por Stalin que tuvo el mismo efecto que la ley de acotamiento en Gran Bretaña en 1830, el desposeimiento de los agrarios), el campesino fué privado de su independencia y de su fuerza, y fué conducido a las fábricas o a las colectividades campesinas regidas por el Estado. En ambos casos éstos eran esclavos del salario, empleados del Estado.

Las masas habían eliminado el Poder de los aristócratas en 1917, sólo para permitirles ser reemplazados por los burócratas que gobiernan ahora al proletariado industrial y campesino, con vara de hierro.

Rusia, desde luego, no ha tenido nunca una pequeña burguesía. Lo que tiene ahora, sin embargo, es una gran burguesía, creada por los bolcheviques. Es una respuesta irónica a su vieja crítica de los anarquistas, cuyas ideas coincidían tan estrechamente con las tentadoras aspiraciones de las masas rusas en 1917, y si se hubieran llevado a efecto, no hubieran producido o creado en Rusia ni un proletariado (una palabra horrible para una horrible situación), ni una burguesía, sino una sociedad libre con la produc-

ción y distribución socializadas bajo el control de los trabajadores.

Existe solamente un aspecto del anarquismo que puede decirse da a los marxistas la más débil excusa para apodar a los anarquistas de burgueses. Este es la desconfianza anarquista en la «grandeza» de las empresas industriales y unidades sociales, con sus inevitables centralización y control.

Para los marxistas, planes centralizados por organizaciones del Estado representan la sola respuesta al caos de la competencia privada. Pero los anarquistas mantienen que desde el punto de vista de lo que es mejor, tanto para los trabajadores como para la sociedad, como en todo, el control del Estado ha fracasado, donde lo hemos visto puesto en práctica, en el sentido de que las cosas se muevan en la dirección que deseamos. Para los trabajadores de una industria nacionalizada, el cambio de un propietario particular por los dirigentes del Estado, no ha significado más que un cambio de dueños. Para los consumidores, no ha significado ni mejor servicio ni artículos más baratos. Para ambos, ha significado que el monopolio autoridad y Estado ha reforzado sus garras sobre nuestras vidas.

Debiera reconocerse que, aunque los marxistas claman tener el mismo objetivo que los anarquistas (la sociedad libre y sin clases, con los medios de producción y distribución en común y puestos en operación para el uso y no para el provecho), las dos tácticas para llegar a ello son completamente diferentes. El marxista es un determinista histórico. El piensa en términos de procesos históricos, de fuerzas inmensas, sobrehumanas, desarrollando inexorablemente las contradicciones de la sociedad humana según están expresadas a través de tesis, antítesis y síntesis en la lucha de clases, la cual es en sí misma un reflejo del progreso económico. En este apocalíptico movimiento, el hombre es un medio para un fin.

Pero para el anarquista el hombre es en sí mismo un fin. Nosotros queremos ver a las fuerzas sociales sirviendo a los seres humanos, no al revés de esto. Para nosotros, la persona es la que interesa siempre y los «adelantos» no nos impresionan cuando éstos han de ser comprados con el sufrimiento aunque sea de un pequeño número de seres que han sido simplemente descuidados por aquéllos que tienen sus ojos fijados en el futuro. Y cuando, como en Rusia, millones de seres son sometidos al sufrimiento en interés de un milenio incierto, no nos impresiona el que, a costa de ese sufrimiento e indignidad, grandes instalaciones industriales estén ahora revolviendo grandes masas de productos dentro de los planes del Estado. Productos, incidentalmente, que siendo planeados por el Estado, son siempre producidos y distribuidos para servir los intereses de éste.

Para el anarquista, el objetivo es la libertad y satisfacción de cada individuo. La burguesía se complace en destruir la libertad y frustrar los deseos de aquéllos que se hallan bajo ella en la escala social y económica, fijando la oportunidad del desarrollo cultural y educativo y condenándolos a una vida restringida y explotada. La burguesía, bien sea del viejo estilo «petite» burguesía o de la nueva clase media burocrática de administradores, fijará, tanto como le sea posible, todos los medios de expresión y des-

arrollo de aquellos que se hallan bajo ella a fin de que éstos puedan seguir bajo su férula y servir los intereses del burgués. Y es muy interesante observar como los intereses de la burguesía son presentados siempre como intereses de la nación...

Para ellos es posible hacer esto porque tienen el control de la vida económica del país. En los de viejo estilo capitalista, la cuerda de su monedero, es la rienda efectiva que rodea el cuello de la sociedad. En los países del nuevo estilo socialista-capitalista, el burócrata, a través de su control de la máquina del Estado, ejerce su poder sobre la sociedad. Ambas clases de burguesía hacen bailar al trabajador al son de su gaita. Si ellas introducen proyectos de mejoras o facilidades de educación es con fines propios, no por sentimientos filantrópicos hacia los trabajadores. Patronos y administradores necesitan trabajadores saludables y suficientemente educados para que trabajen en una sociedad técnica avanzada.

El patrono de viejo estilo capitalista, trabaja como un individuo, compitiendo con su semejante y por tanto pidiendo libertad de acción para maniobrar, el derecho de hacer lo que quiera con lo que ha ganado en el mercado libre. Se resiente de las interferencias contra él, aunque se halla siempre dispuesto a restringir la libertad de aquellos que él emplea. Si pisotea a aquellos que se hallan debajo suyo en su ascenso hacia lo más alto y en sus esfuerzos por sostenerse allí; jeso lo considera natural! Pero él necesita libertad individual para poder operar como lo hace. Y porque él es un individualista tiende a conservar su empresa dentro de un volumen que él mismo pueda controlar.

El capitalismo competidor, por tanto, es una economía expansiva. El que se para tiende a resbalar cuesta abajo en la carrera de rata. La economía en sí misma demanda unidades de mayor en mayor para combinarse y eventualmente formar monopolios. Los trabajadores han dejado de ser considerados como personas y a medida que la empresa se extiende los fundadores del negocio pierden su identidad y son reemplazados como proveedores de capital por accionistas relativamente anónimos y como administradores y gerentes, cuadro de directores, etc.

Cuanto mayores se hacen las empresas, las relaciones humanas cuentan menos y menos cada día. El

individuo es sumergido por la máquina administrativa. Oponiéndose a este proceso, los anarquistas no tratan de retornar a las reglas del pequeño burgués; nosotros hacemos remarcar la importancia de la responsabilidad del individuo y de las relaciones humanas hacia los «seres humanos».

Nosotros no estamos interesados en el movimiento impersonal de las fuerzas históricas. Estamos interesados en la libertad y satisfacción de los seres humanos. Por esta razón abogamos por que las unidades industriales y sociales no aumenten en tales proporciones monstruosas en que los individuos cesan de contar; porque deberíamos organizar nuestro proceso productivo de forma que los trabajadores no sean engranajes irresponsables de una máquina.

Ahora, sólo existe un camino por el cual pueda realizarse esto. Ese es el de que los trabajadores mismos asuman su responsabilidad en el sitio que son responsables, en el lugar de producción. Es allí, donde el trabajador produce buen o mal trabajo, hace ollas, o sartenes, o bayonetas y balas, es explotado y aún da su contribución a la sociedad.

Pero esta demanda de transferencia no significa necesariamente el desacuerdo con la tecnología moderna. Significa la descentralización de la administración económica en las manos de los trabajadores y el reconocimiento de que ellos deben tener el derecho de decidir por sí mismos la técnica a adoptar para la producción de los artículos. No podemos creer que los trabajadores, organizando la producción, pusieran en práctica métodos que fueran una afrenta a su dignidad como seres humanos.

Esta concepción de la dignidad de los trabajadores, mientras que realza la importancia de la libertad para cada individuo, tiene «menos» en común con la perversión de la libertad de la pequeña burguesía de lo que tiene la idea de la clase media del control del Estado. Esta quiere la autoridad de clase. La idea anarquista es la ausencia de esta autoridad de una clase sobre otra — incluyendo la mítica «dictadura del proletariado» —, con el establecimiento de una sociedad sin clase.

Phillip LANCLOM

Trad. : J. R.

Toda la obra de la ley no es sino un mecanismo en favor de los abogados y de los magistrados.—LOMBROSO.

*

Queremos abolir radicalmente el dominio y la explotación del hombre por el hombre; queremos que los hombres, hermanados por una solidaridad consciente y decidida, cooperen todos voluntariamente en el bienestar de todos; queremos que la sociedad se constituya con el fin de suministrar a todos los seres humanos los medios de alcanzar el máximo bienestar posible, el máximo posible de desarrollo moral y material; queremos para todos pan, libertad, amor y ciencia.

Y para conseguir este fin supremo, creemos necesario que los medios de producción estén a disposición de todos, y que ningún hombre o grupo de hombres, pueda obligar a los demás a someterse a su voluntad, ni ejercer su influencia de otro modo que con la insinuación de la razón y del ejemplo. Por consiguiente: expropiación a los detentadores del suelo y del capital en común beneficio y abolición del gobierno. E interinamente esto no se haga, propaganda del ideal, organización de las fuerzas populares; lucha continua contra el gobierno y los propietarios, afín de conquistar toda la libertad y todo el bienestar que se pueda.—ENRIQUE MALATESTA.

LOS LIBROS Y LOS DIAS

Otra vez HUGO, el abuelo proceloso



LOS franceses saben dar a la propaganda de sus libros un acento inspirado. He aquí lo que una casa comercial dice de la reedición de «Quatrevingt-treize» de Victor Hugo, traducido hace tiempo al español con el título: «El Año 93»: «Este libro de Hugo es mucho menos conocido hoy que «Los Miserables» o «Nuestra Señora de París». Este olvido relativo es de veras injusto. Pero sucede con los libros igual que con los hombres. Envejecen y mueren. Fuera de las bibliotecas oficiales donde son objeto de especial cuidado, a fuerza de ser leídos, hojeados, se marchitan y se deshacen. Un buen día una página se ha desprendido y al comprobarlo alguien tira el libro que, incompleto, ha perdido su valor. Sobre el estante de la biblioteca queda un vacío en el lugar que ocupaba el viejo libro amarillado y los lectores de manos ávidas lo buscarán en vano. Tal vez crecerán sin haberlo leído. Tal vez no lo leerán ya. Si alguien no vuelve a imprimirlo, el olvido tejerá pronto su tela de araña...»

En la obra de Victor Hugo no hay libros sin interés, aunque los haya de interés secundario. La lenta marcha de las sociedades humanas por el camino de la justicia social y de la democracia hace actuales, y a veces atrevidamente vanguardistas, muchos de los libros del proceloso abuelo Hugo, de quien decía Jules Renard: «Hugo es una montaña, es un océano, es algo que no se puede comparar con ningún otro hombre».

Flaubert, Zola, los difíciles Baudelaire y Verlaine, todo el mundo estuvo siempre de acuerdo sobre Hugo. Jules Renard dice: «Hugo es un genio. El genio es sublime. No es perfecto, sino sublime». Sus enemigos y sus amigos coincidían en considerar a Victor Hugo como una manifestación de la naturaleza indomable: un meteoro, una floración milagrosa e inexplicable. No hay duda de que la revolución francesa sin Victor Hugo habría sido no más que un gran incidente político. Con el poeta de «Los Miserables» (Baudelaire dice que esa novela es un gran poema), ese incidente político se convierte en un drama de toda la humanidad. Victor Hugo es actual hoy como lo será siempre el hombre natural y sus elementales derechos a decidir de su propio destino.

Leyendo «Quatrevingt-treize» comprendemos que alcanza a Victor Hugo lo que decía Maurice Barrès sobre «los admirables tiempos de la Restauración en los que los escritores tenían un alma romántica con una disciplina clásica».

El secreto de Victor Hugo consiste en la gracia y la energía con que otorga a los tristes el derecho más noble que conoce la humanidad: el derecho a la esperanza. Dice Goethe: «Es bueno que cada cual sepa lo que sufren los otros». Sí. Hugo lo supo en su tiempo mejor que nadie. Y lo escribió. Pero, además, añadió un optimismo angélico, una fe en los demás que debe ser parecida a la fe que Dios debe tener en su propia obra.

Nadie ha escrito en relación con las catástrofes de nuestro tiempo nada tan completo, tan minucioso, tan objetivo y desapasionado (las pasiones de Victor Hugo son serenas e inapetables como el viento en el bosque o la luz en los amaneceres). Ni tan cuidadoso y perfecto en la forma. Porque Hugo era un obseso de la belleza formal. Los estetas dicen cosas extrañas, a veces. Paul Valéry dice: «Las obras hermosas son hijas de su forma, que nace antes que ellas». Curiosa declaración que se puede aceptar y que en relación con Victor Hugo nos recuerda la opinión de Claude Roy: «Victor Hugo es una forma que salió un día a la busca de su contenido y lo encontró, por fin».

Todo eso es de una veracidad un poco obvia. Naturalmente, no podemos desear ni pensar sino sobre la imagen preestablecida de una forma. El arte moderno odia la forma preestablecida y prefieren muchos escritores y artistas partir de una nebulosa. Pero la verdad es que la nebulosa es una forma y que como tal han nacido algunos libros de apariencia falsamente concreta como «Ulises» y lo mejor de Proust. En los días ya lejanos del ultraísmo se hablaba de «novelas gaseiformes». Era la materialización de ese odio natural a la forma «preestablecida».

El gusto por las nebulosas es muy de ahora. No sólo en la novela, sino también—sobre todo—en la poesía. Jorge Guillén acaba de publicar un largo poema titulado «El Encanto de las Sirenas». A pesar de ser Jorge Guillén uno de los poetas más amantes de la precisión, también esa forma que precedió a su concepción es una nebulosa y como tal la establece en su poema. En Guillén la nebulosa tiene un vigor lírico natural y concreto.

A pesar de ser una obra de vejez, «Quatrevingt-treize»

está llena de vigor juvenil. La Rochefoucauld decía: «Al envejecer se hace cada cual más loco y más sabio al mismo tiempo». Y Picasso el pintor ha dicho (y se ha repetido desde entonces con frecuencia) que «el llegar a ser joven lleva mucho tiempo». En los dos casos, Víctor Hugo ofrece su ejemplo.

Para Víctor Hugo la libertad es la fuente primera de toda grandeza humana. Tiene razón, Víctor Hugo. Una de las cosas que los escritores de hoy podrían reprocharle es eso de que tuviera razón siempre. Hoy queremos que los hombres sean hombres y no dioses. Hugo era justo, era fuerte, era noble, era generoso, tuvo problemas y los resolvió como un ser sobrenatural y no como un hombre; tuvo alegrías y las distribuyó generosamente entre las personas que lo amaban y también entre sus enemigos. Con la fortuna adquirida por medio de sus escritos (era el único poeta de su tiempo en Francia a quien un libro de versos enriquecía) salvó de la miseria a mucha gente humilde que estaba cerca de él.

En el amor se prodigó, generoso y descuidado hasta en los días de extrema vejez. Era un ejemplo a seguir, un profeta y un demiurgo. A veces estaba convencido de que por sus palabras hablaba Dios. Tal vez tenía razón, ya que Dios usa a veces de la imaginación de los hombres y de nuestra palabra para hacerse presente.

Gracia a Víctor Hugo, y desde que él llenó con sus novelas, sus poemas, sus artículos y sus panfletos políticos el

mundo, Francia pasó a ser la segunda patria de todos los hombres. En París es posible convivir con negros, hindúes, chinos, árabes, judíos, protestantes, católicos, a ninguno de los cuales se le ocurre pensar—en cuanto han aprendido a expresarse en francés—que aquélla no es también su patria. Uno se apasiona en París con la política francesa, con el arte y las letras francesas, como un francés más y se discuten esos valores como si fueran propios. Víctor Hugo fué el abuelo proceloso—es decir, agitado, tonante, clamoroso y sublime—que nos dió a todos la segunda nacionalidad.

«Quatrevingt-treize» añade a la vida francesa de aquel turbulento período una calidad superior a la de la historia: la leyenda. Como dice en el capítulo titulado «La Vandée»: «La historia tiene su Verdad y la leyenda la suya. La verdad legendaria es de otra clase que la histórica. La verdad legendaria es la invención que va a parar a la verdad de las cosas, a la verdadera realidad. Por otra parte, la historia y la leyenda tienen el mismo fin: darnos bajo la envoltura del hombre circunstancial el hombre eterno».

Lo circunstancial y lo eterno nos dan a cada paso la medida entera de Hugo, su peligrosa dimensión sublime que a veces (en algunas de sus obras de teatro y sólo en ellas) roza lo ridículo. Cada vez que eso sucede, el lector, angustiado por tanta grandeza, respira tranquilo y piensa: en fin, Hugo es hombre. Un hombre como los demás. Como yo.

Ramón SENDER



Hemos venido viendo que la humanidad no necesita de jefe o gobierno; antes, por el contrario, el jefe o gobierno, como sostenedor que es de la desigualdad social, es el responsable directo de todos los males que nos aquejan, y por eso nosotros, al aconsejar a los trabajadores la expropiación de la tierra, de la maquinaria y de los medios de transporte, aconsejamos también que no se deje un solo re-

presentante de la autoridad, pues ésta es la defensa del privilegio y el verdugo de los desheredados.—RICARDO F. MAGON.

*

Es irrisoria la idea de la emancipación femenina dentro de la sociedad movida por la avaricia del oro y por el delirio erótico del progreso material.—MARIA LACERDA.

COLOR DE LAS HORAS...



POR LOS FUEROS DE LA PASION



E involucran muchas cosas. Y al ser involucradas se confunden con frecuencia de una manera alarmante.

Alguien ha dicho — y prueban mil circunstancias lo acertado de su pensamiento — que la importancia de una definición es a menudo proporcional a la del que la redacta o la pronuncia.

De una idea mal explicada puede surgir el caos en una tentativa de realización. La idea genera el hecho, bien que cada hecho contribuya a modificar, en una reciprocidad que no puede romperse, las ideas cuyo calor le sirvieron de matriz, dándoles contorno más preciso.

Es muy difícil, si no de todo punto imposible, imaginar una acción determinada, sea del orden que fuere, sin que vibre en ella el juego de la voluntad, como lo es concebir la voluntad en funciones sin que tales o cuales designios le sirvan de poderoso motivo.

Si surgiera una corriente afirmando que son otras las fases del proceso, no habría más remedio que desmontar el mecanismo de las sensaciones — sobre el cual se sabe ahora lo que en época reciente todavía se ignoraba — y darle un nuevo funcionamiento.

¿A quién habría que recurrir para ello? ¿A los que no saben nada de nada y lo entienden casi todo? ¿A los que lo saben casi todo y no entienden nada? No basta para afrontar tan arduo problema que, prescindiendo del fondo, broten, sin más preocupación que la de la forma — no precisamente admirable —, afirmaciones en catarata. Tampoco puede bastar que cada plumazo quiera ser como un gesto teatral que afronta con altivez las más deplorables herejías científicas, o como un apunte que descubra profundidades sensoriales...

*

En un diorama cuyas líneas resultan muy confusas — aun a juicio de los que están familiarizados con ellos y tienen, además, la costumbre de esbozarlos —, se dicen cosas en extremo peregrinas que no podemos — ni queremos — pasar en silencio bajo ningún pretexto.

Cuando hay alguien que en defensa de la libertad, «por su rabioso conceptualismo extremista coincide más con las derechas que con las izquierdas — afir-

mación que puede sentar cualquiera cuando le venga en gana, lo mismo que tantas otras, pero que nadie está en condiciones de demostrar — el que recoge el hecho ha de sentirse moralmente obligado a decir por quién, cuándo y dónde se cometió tal herejía. En cuestiones tan delicadas no se puede creer a nadie bajo palabra. Ha de concretárselas rigurosamente.

«La libertad en el hombre debe ser el arte de **programar** nuestros deberes y nuestros derechos frente a la humanidad de la cual dependemos.» Creíamos nosotros que era un punto ya **programado**. ¿Se hizo ya viejo el «¿o más derechos sin deberes, ni más deberes sin derechos»? Magnífica, insuperable base para una forma de convivencia fraternal.

«Para ese concepto de la **libertad racional** — subrayamos nosotros — urge una educación moral en el hombre. Una evolución en tal sentido — y seguimos subrayando nosotros — **es totalmente necesaria. La libertad no obedecerá tanto a la pasión como a la conciencia.**»

Parece que de otro modo los defensores de la libertad serían unos hombres lamentablemente regresivos y envueltos en las brumas de prejuicios sin nombre.

«Desconfiemos del individuo que nos habla en forma ilimitada.»

Hemos de confesar paladinamente que no lo entendemos. Pero lo apuntado nos deja la impresión neta de que se intenta por algunos, con atavío más o menos... filosófico, salir de lo claro y concreto para entrar de rondón en lo abstruso y laberíntico, dando ello lugar a una propaganda desmedulada, sin vértebras y sin alas, y negativa en diversos sentidos. Tenemos el honrado convencimiento de que ciertas definiciones de la libertad salen sobrando, por lo mismo que son traducidas prácticamente en confusiones que es preciso y es urgente evitar. Y lo mismo cabe decir con respecto a la pasión. No siendo **regulada**, se les hace a determinados individuos tan fuera de lugar como la libertad sin trabas.

Cuando la pasión toma las cosas en su sentido extremo, es causa de esa bilis negra que los médicos llaman **atrabilis** y nosotros, los ciudadanos más corrientes, llamamos **mal genio**. Estamos tentados de afirmar que **apasionado** dista mucho — pero muchísimo — de ser sinónimo de **atrabiliario**.

Por lo demás, ¿de dónde habrán sacado los rapso-

das del **nuevo modo**, que se pueda confundir a un defensor apasionado de la libertad con un partidario del despotismo? ¿Es qué cabe entonces admitir, recíprocamente, que un defensor fogoso del despotismo puede ser confundido con el que estima que sin la libertad la vida no es digna de ser vivida?

¿Quién sería capaz de dogmatizar tales absurdos? Se trata de una exégesis descabellada que es forzoso rechazar de plano. El que la admite prueba su inconsistencia y su falta de seriedad.

La libertad que el anarquismo defiende no tiene ni el más remoto parentesco con aquélla — por **racional** que sea — de que se nos habla.

*

La libertad — como el pan, como la vivienda, como la cultura — es un factor poderoso de plena integración de la individualidad. Sin él constituye un imposible matemático. El hombre, en virtud de determinadas contingencias contra las cuales nada puede la más firme asociación de voluntades ni la solidaridad, puede encontrarse en un momento sin medios de nutrirse ni de albergarse. En tal circunstancia se juntarán lo doloroso y lo sublevante, pero nada se registra en ella que merme lo más mínimo su integridad moral.

Por el contrario, si en un momento cualquiera sucede que su libertad ha sido condicionada, reglamentada, aún conservando todos los elementos indispensables a su vida material, la integración quiebra por la base con estruendo y es forzoso principiar de nuevo.

El concepto de los derechos no necesita de un pronuntario en manos de quien ha de gozarlos. Palpita en la entraña viva del individuo tanto más fuertemente cuanto mayor es la brutalidad de que hace alarde la fuerza bruta — o la amenaza de ella — para usurpárselos. En cuanto a los deberes, las mismas necesidades de la diaria convivencia entre seres libres e iguales, enseñarán a cumplirlos. Mañana se verá en grande lo que actualmente, a pesar de los mil obstáculos que se oponen a ello, vemos en pequeño.

No aparece claro a qué puede responder el diorama que nos ocupa, plagado de afirmaciones antojadizas y extravagantes, pedantescas, vacuas y ramplonas. **«Oyendo vociferar a alguien sobre la necesidad de que el hombre goce de una libertad irrestricta, hube de pensar, por el tono imperativo de la voz opinante, los peligros que puede encerrar un pontífice de la libertad»...**

*

Es tan viejo como el caldo de gallina, según nos consta a todos, por estarlo observando con frecuencia, que argumentar es mucho más complejo que morder. Las dentelladas inmisericordes están al alcance de cualquiera. Pero no tiene cualquiera la talla necesaria para determinadas innovaciones. **Irrestricto**, por ejemplo, como **programar** y **suplementar**, no tienen asiento — ni siquiera incómodo — en nuestro léxico.

Está tan fuera de lugar — bien que en otro orden — el empleo de tales vocablos, como afirmar que **«nuestro planeta está perdido en los confines siderales»**, lo que es suficiente para obtener un primer premio en los concursos de despropósitos. Y esos partos de la insuficiencia arrogante obstinada en lucir el garbo

y **«épater le bourgeois»** preocupan menos que la perspectiva — totalmente cabalística — de un **pontífice de la libertad**, las **vociferaciones** y la **intemperancia**. Y de paso se afirma, también gratuitamente, que **«en todo momento vale más convencer que imponer»**.

¿Es de veras aplicable a quienes nos imponen las más cruentas sevicias al amparo de la fuerza bruta? Si nuestro sometimiento había de durar el tiempo que tardaran ellos en convencerse de que obran inicuamente con nosotros, podríamos esperar sentados. Aquellas voces **no templadas** en que se invoca la libertad en un tono que alguien tiene la audacia inconsciente de calificar de **vociferación**, presentándola como fruto de un **rabioso conceptualismo extremista**, sonaron con frecuencia en nuestros medios, en los medios anarquistas, sin que a nadie se le ocurriera señalarlas como un peligro ni hablar de pontífices.

Aquellas formas irruentes de referirse el individuo a lo que ha de ser la base de su integración — la libertad —, significa que los eslabones de la cadena hundidos en la carne, duelen y va siendo cada día más imperiosa la necesidad de destruirlos. Y no se le ocurre convencer a los victimarios. Le consta desde hace tiempo que nada vale gastar pólvora en salvas.

*

Desde luego, las **vociferaciones** nada tienen que ver con **«el rabioso conceptualismo»** de que se habla.

Se temen los estragos que por exceso cometa la pasión, dando por seguro que la libertad de un individuo tiene su límite en la del otro. Pero es un cabo doblado hace ya muchísimo tiempo. Así se afirmaba en los primeros balbuceos del anarquismo. Pero hoy se afirma categóricamente — y lo prueban los hechos — que la libertad de cada uno tiene en la de los demás su ampliación y su complemento. Por algo se repite siempre que la libertad será aleatoria mientras quede un esclavo en la tierra.

Por lo demás, ¿quién ha insistido como los anarquistas en afirmar que los **males de la libertad encuentran en la libertad misma su tratamiento curativo?**

Todos los maestros **vociferaron** hablando de lo mismo. Por consiguiente, si el **vociferante** aludido no era maestro, copiaba — acaso muy débilmente — las **vociferaciones** de quienes si lo fueron.

Véase la forma estridente en que ha **vociferado** uno de los más profundos pensadores del anarquismo:

«La autoridad y la propiedad, como patrimonio de unos pocos, no son otra cosa que la sanción de la fuerza vencedora sobre un campo de batalla. Mas cada hombre es su propia autoridad, su propio soberano. Y su libertad de pensar, de sentir, de manifestarse, de obrar, no admite límites ni cortapisas. Limitarla es destruirla.»

Y ello sin vuelta posible de hoja, **hágase desde arriba en nombre del Estado, o de la nación, o del orden; hágase desde abajo en nombre del interés general de la sociedad.**

«Se trata, sí, de que prácticamente cada uno haga lo que quiera.»

*

¡Vaya forma autoritaria de imponer la libertad! — dirán seguramente aquellos a quienes molestan las **vociferaciones** y las someten a las horcas caudinas del barbarismo doctrinario o ideológico...

Estamos viendo cómo se manifestaba uno de los

que tenían prisa e instaba a los demás a tenerla también, siendo universales las resonancias de su voz. Pero no basta. Metidos ya en harina, vamos a ofrecer otros botones de muestra.

«Frente al pretendido derecho social, urge levantar muy alta la bandera de la individualidad libre. Frente al despotismo de grupo, es necesario reivindicar la independencia y el respeto a la personalidad humana.

«Mi derecho, mi libertad, mi salud, mi bienestar, valen tanto como el derecho, la salud y la libertad de los demás. No tolero ni consiento la imposición ni de uno ni de mil. La fuerza numérica es para mí nula. Cada uno es libre de obrar como le plazca. Si los hombres necesitamos prestarnos auxilio y si lo necesitamos, libremente debemos buscarlo, asociándonos, cooperando a los fines comunes. Pero esto lo haremos y queremos hacerlo nosotros mismos, por voluntad propia, no por imposición ajena.»

«La tendencia innegable en todo el proceso histórico a integrar categóricamente y plenamente al individuo, tiene exigencias como las apuntadas y otras. No hay cerebro medianamente organizado y libre siquiera de una parte de los prejuicios autoritarios — de casta o de clase — hoy dominantes, que no se dé cuenta de ello.»

¿Es qué en la forma apuntada de concebir la libertad no van del brazo la pasión y la conciencia? ¿En qué puede fundarse una demarcación rigurosa entre ambas? ¿No encuentra cada una de ellas su complemento en la otra?

*

La libertad no ha de ser condicionada ni restringida por nadie en nombre de nada. Ni por un individuo, ni por un gobierno apoyándose en las decisiones del Parlamento, ni—el ejemplo se consigna por si fuera necesario, que no lo es—por los acuerdos que en un momento dado pudieran tomar las organizaciones del trabajo en nombre de los derechos de la sociedad.

Cada una de esas tres formas de un despotismo inconfundible está en pugna irreconciliable con el espíritu anarquista, y la pugna emane directamente de sus principios fundamentales. Cabe añadir—y es inexcusable añadirlo, ya que otra cosa parecería hacerle el caldo gordo a un juego antipático de eufemismos y términos medios—que sin esa pugna viva, constante, irreductible, el anarquismo perdería su sentido. El hecho de contemporizar en no importa qué grado con las trabas y las cortapisas, motivaría la rápida vuelta al punto de partida.

«El derecho social, juntamente con la ley de las mayorías—dice Ricardo Mella, que es el pensador a quien venimos transcribiendo—, representa la eterna tutela de los pueblos, el sacrificio del individuo, la anulación del pensamiento y la muerte de los más caros afectos. Contra esa nefasta doctrina proclamamos la completa independencia personal y la libertad de acción para todos los humanos en un mundo de igualdad, de solidaridad y de justicia.»

Para Mella, que abomina sin reservas de la fe inmaculada en lo absoluto, el derecho social—invocado para estrangular las prerrogativas del individuo—es la **encarnación política de la idea de Dios**. Observa que cuanto en nombre de esta última se ha

impuesto a la humanidad, haciéndola recorrer un calvario terrible, se nos impone hoy en nombre de la primera.

*

Estamos lejos de la **libertad racional**. ¿En qué consiste? ¿Se trata del concepto no **vociferante**, atildado, peripuesto, fino, como digno de gentes que no quieren brega y que puede figurar sin inconveniente en un... programa mínimo? ¿Qué alcance tiene la novísima acepción?

Ciertas cosas reclaman explicaciones precisas, terminantes, y las que se nos dan son de una vaguedad que no permite ver claro, inconcretas, nebulosas, trasto de un anarquismo invertebrado y falto de parentescos con el que se propaga desde hace largo tiempo.

Motejarla es condicionarla. Y condicionarla es destruirla. Es una realidad que no necesita demostraciones verbales. La experiencia la confirma de punta a rabo. Tan sólo los espíritus rezagados lo entienden de otro modo, debido, probablemente, a que tal rezago inhabilita para captar y sentir en toda su grandeza la supresión total de los privilegios económicos y de las dominaciones políticas, base del goce de todos los derechos y de la armonía de todos los intereses.

¿Cómo se explica, si no es en base a lo que decimos, que mientras los hombres somos juguetes y víctimas de tragedias horribles que destruyen las grandes, maravillosas creaciones, del músculo y del intelecto, y chorrea sangre la Historia, y revive en cada uno de nosotros el ilota de otros tiempos, haya quien se atreva a sostener que «...la **temperancia es maestra de virtudes y de conductas, entre las cuales la más preciosa es la propia dignidad?**»

En buena lógica—si no es que también la lógica cambió de rumbos—, las brutalidades del que manda engendran la rebeldía de quien arrastra el yugo. Además del dolor moral inherente a cualquier linaje de sevicias, los dogales causan siempre tortura física. Esas torturas le importan un bledo al sátrapa y a sus sayones, que son los árbitros indiscutibles. Hablan de moral y de religión a tiempo que la esclavitud es mantenida por ellos como una institución sagrada y que el pillaje y la vagancia son objeto en todas partes de sublevantes consagraciones.

*

El cuadro hiere la sensibilidad menos afinada y crispa los nervios. En su presencia no cabe hablar de la libertad y del derecho con mesura. No puede hacerse con la frialdad del comentario a las cosas que no nos interesan lo más mínimo. Está fuera de lo humano. Ni se concibe que pueda ser mesurada la conducta.

La **temperancia** dista muchísimo de ser **maestra de virtudes**. Por el contrario, se convierte a menudo en semillero de bajezas y de sublevantes humillaciones. ¡De ninguna manera! La temperancia causa más estragos que todas las epidemias cuando se la invoca ante aquellos en cuyas carnes se hunden los dardos de la reacción triunfante. Y aconsejársela a los desposeídos por la violencia de todos sus atributos, constituye a todas luces una inmoralidad chillona y escandalosa. De ciertas cosas hay que hablar con probidad rigurosa en el pensamiento y en la forma. Porque es necesario saber muy poco del indi-

viduo, de su sentir, de sus afanes, de sus moventes, para extrañarse de que invoque la libertad y el derecho con exaltaciones incontenibles, con pasión que rompa todos los frenos.

No se pueden cohonestar en nombre del anarquismo ciertas posturas, casi siempre valorizadas por aquellos que se sitúan a nuestros antípodas.

«Si un día la humanidad — dice Mella — rompe la armonía de su existencia actual y una inmensa hecatombe sucede a todas las ficciones y artificios; si un día el pueblo, esclavo y humillado, se insurrecciona imponente y riega con sangre el campo yermo en que ahora vegeta; si un día, en fin, los hombres se rebelan y recobran lo que violentamente se les arrebató, libertad y riqueza, entonces sobre la pira humeante del gran incendio verá flamear en el espacio el último jirón de la bandera ensangrentada de la fuerza; el postrer guiñapo de la suprema razón, acatada, reverenciada y enaltecida por el éxito ininterrumpido de la Historia. Este último jirón, ondeando sobre ruinas y muerte, será el anuncio de un nuevo mundo al surgir del seno de la total disolución.

«Hasta entonces, por brutal que seas, por anti-humana que parezcas — ¡oh, fuerza! —, nosotros te saludamos como el instrumento de redención, como supremo derecho de un mundo de siervos, como salvación única del humano linaje todavía en los abismos de la animalidad primitiva.»

*

Así se manifiesta el ansia fervorosa de ayudar por la violencia — único medio que ha de permitirlo — a que nos sea devuelto el patrimonio que nos fué robado al amparo de leyes y autoridades. Proceder en otra forma es situarse fuera del tiempo, ignorar los resortes dinámicos que más poderosamente mueven

al hombre, lucir el garbo de unos arcaísmos que están ya fuera de la circulación, allanarse a las imposiciones brutales de un sistema roído por la gusanera y poner el visto bueno a la propia esclavitud.

Los himnos a la **temperancia** — sin la cual temen algunos que la dignidad pierda categoría — suenan a cosa de otras épocas y son ajusticiados por los conceptos claros y vigorosos del anarquismo. Suenan a cosa perteneciente a paralelos espirituales a gran distancia del nuestro. Nada tendríamos que objetar si se nos dijera que la **templanza** o **moderación** tienen virtudes... **teologales**, por ejemplo, o de índole parecida. Pero negamos en redondo que las tenga — o pueda tenerlas jamás — en el sentido revolucionario. ¡Y ni siquiera en el sentido meramente subversivo! Y la libertad habrá de ser conquistada revolucionariamente. Y en los movimientos revolucionarios intervienen dos factores de capital importancia: la **pasión** y la **conciencia**.

Si la libertad **racional**, que vimos aludida hace poco por primera vez, queda al margen de las consideraciones apuntadas, tanto peor para el snobismo que se enamora de todo lo que estima nuevo y desea ponerlo en auge, tenga o no tenga sentido y valga lo que valiere, según pudimos ver ya otras veces en diversos aspectos.

*

Fabbri repetía con frecuencia que los equívocos en las palabras tienen casi siempre la triste virtud de proyectarse, tardando un poco más o un poco menos, en los hechos con el estrago consiguiente.

Sería altamente necesario que nosotros, en bien de una tendencia que aspira a realizarse lo antes posible, lo tuviéramos en cuenta a todas horas.

Eusebio C. CARBO



Monumento a José E. Rodó en Montevideo.

La Fotografía Panorámica, ciencia del futuro

TRATO de exponer a mis amables lectores un invento mío. Algo nuevo y atrevido que puede, con el tiempo, superar, en interés colectivo, muchas de las cosas que tenemos por definitivas e indiscutibles.

Mi estado espiritual de este momento es excepcional, se sale de lo normal y corriente, y sólo en el libro fundamental de nuestra literatura, el «Quijote», se encuentra un ejemplo perfecto de semejante trance.

Es la vacilación la que hace temblar las más altas torres, es el buen deseo el que hace vibrar el corazón, es la modestia la que agranda las circunstancias mínimas de las más leves cosas. Pero Cervantes, maestro en todo, en su obra inmortal nos enseña a combatir la vacilación y a ser concretos y eficaces en nuestras empresas. Y él, el gigante, el coloso, el inmenso, declara, que muchas veces tomó la pluma y muchas la dejó por no saber lo que escribiría, hasta que un amigo le dió la solución. Cuyo amigo era la voluntad que todo lo resuelve y todo lo supera.

✽

Uno de los granos de arena que aporté al interés supremo de la Humanidad es «La fotografía panorámica», la cual tiene por objeto realizar fácilmente el trabajo de investigación mineralógica de nuestro planeta Tierra, aprovechando sus claras y fecundas manifestaciones exteriores.

Hemos de partir de algunos principios geofísicos conocidos entre la multitud que desconocemos. A cuyo efecto haremos un decálogo, extensivo con facilidad:

- I. Que la tierra se contrae constantemente.
- II. Que cada mineral tiene unas especiales formas de contracción.
- III. Que existe un cambio geográfico constante.
- IV. Que existe un cambio continuo de nivel marítimo.
- V. Que en la atmósfera varía la presión.
- VI. Que las cordilleras son arrugas geodinámicas continuas o basculares.
- VI. Que los minerales sugieren sus cualidades al exterior.
- VIII. Que la lucha explosiva interna es constante, habiéndose observado una sacudida por segundo.
- IX. Que el interior flúido como el exterior líquido son deformados por la atracción de los astros.
- X. Que el Hombre conoce solamente, menos de la milésima parte del espesor de la corteza planetaria, es decir, como si conociera un milímetro de espesor de una esfera, parte sólida y parte flúida de un metro de diámetro, etc., etc.

Con estos modestos antecedentes, vamos a estudiar, aunque someramente, nuestro sistema de reconocimiento interno del planeta, sea químico, sea geodinámico.

✽

Sabido es que existen en todos los países mapas geográficos y que dichos mapas se han dibujado mediante una técnica llamada Triangulación Geodésica. Los puntos de concurrencia de las líneas, están en el terreno señalados con prismas de piedra de tamaño adecuado para la colocación de los aparatos trigonométricos, y siempre se fijan estos prismas en puntos elevados llamados Estaciones, para poderse ver bien del uno al otro y conseguir una triangulación perfecta.

Es aprovechando este costosísimo dispositivo, cuando nace y por lo que nace la Fotografía Panorámica, ciencia del futuro, completamente virgen hasta el presente en el quehacer científico de abrir nuevas rutas al interés de los pueblos, especialmente el de la Minería, a veces, en manos ineptas, amigas de la rutina.

Mi sistema, apenas empezado a ensayar en España por la presencia de la guerra fascista, consiste en escoger los prismas trigonométricos más adecuados para el proyecto, y repartirlos entre todos los fotógrafos de la nación de que se trate, sean profesionales o sean aficionados cuidadosos y pulcros, cuya misión será ajustar al prisma a su máquina y fotografiar la visión horizontal, el panorama que la rodea, empleando 12, 14 o más placas a películas, las necesarias para cerrar el círculo visible desde aquella estación, las que van numeradas para que puedan ser pegadas en serie y expuestas en una línea recta y superpuestas, las cuales nos darán exactamente las variaciones habidas en dichos panoramas dentro de los plazos establecidos de antemano o dictados por las mismas experiencias.

✽

El concepto de inmovilidad absoluta de la corteza de la Tierra es completamente irracional, como el decir: «Me encojo, luego me enfrio» es igual que decir, «me enfrio luego me encojo»; solamente que en exposición inversa pero en ambas exacta.

Las montañas se transforman en anticlinales cuando son arcos salientes con tendencia a elevarse, y se transforman en arcos invertidos, o álveos, entonces con tendencia a hundirse y se llaman sinclinales.

Tomemos un paquete de cuartillas o un libro sin encuadernar, y comprimiéndolos con ambas manos, veremos rea-

lizada en papel la forma que en la Naturaleza lo son en capas de minerales o de rocas.

Estos movimientos y figuras que animan a la corteza terrestre son extraordinariamente lentos y tan complicados, unos con otros que apenas lo podemos imaginar. Únicamente repitiendo la fotografía panorámica de año en año podremos estudiarlos y catalogarlos como si fuesen los latidos de un enorme corazón o la rítmica de unos grandiosos pulmones. Ello nos conduce a un conocimiento profundo de la vida planetaria en general, y de la vida planetaria de la Tierra en particular ante los distintos caracteres de cada especie de ellas y en las distintas fases de sus movimientos que estudiamos.

El procedimiento sencillo que exponemos y patrocinamos tiene por finalidad calificar la naturaleza de los materiales componentes de nuestro planeta, tomando por base las reacciones de cada uno de ellos ante la presión, la temperatura y el tiempo. Y para contestar a cuantas objeciones puedan hacérsenos, tenemos la lógica de nuestra parte, pues nadie ignora, que cada elemento mineral tiene sus características de densidad, flexión, fijeza, mutabilidad, cohesión, etcétera, las que se manifiestan ante nuestra demanda; incluso los materiales desconocidos, si los hubiera, nos darían, al menos, su toque de atención al ser estudiados por la Fotografía Panorámica, que es, por esto, la Ciencia del futuro por lo sencilla, eficaz y segura.

La gran variedad de minerales y de rocas, el agua, el petróleo, los metales, el mercurio, el cobre, los hierros metéoricos y las escombreras volcánicas en sus funciones mecánicas y químicas, nos darán con nuestro sistema, señales de presencia por las formas especiales de cada una y por los cambios habidos en el transcurso del tiempo, del que son elementos los días, los años, los siglos y las épocas geológicas.

Además de las facilidades técnicas de nuestro sistema, tiene éste un aspecto social admirable: su popularidad. El goce general de poder intervenir todo el mundo en el descubrimiento de las riquezas ocultas. De poder discutir con la evidencia de sus propias manos. De valorar con el mismo

rasero el trabajo de todos los que quieran ser útiles a su país natal o a cualquiera otro país en que se encuentren. «De la discusión sale la luz», dice el adagio, si bien se puede hacer una pequeña salvedad diciendo: «Siempre que la discusión sea noble y sincera».

La profundidad actual de las labores subterráneas puede ser también valiosa referencia para el estudio de prospección que nos ocupa. Los movimientos de acomodación desplazaron algunas veces las vetas metalíferas y las conducciones líquidas más o menos profundas y más o menos bien encauzadas. La esponja nuclear puede haber inducido al cambio de existencia obligando al cambio de punto o zona de ataque, es decir, que el mundo mineralizado es variado y distinto en cada caso, según los elementos de cálculo que apliquemos para la solución de sus problemas.

Taller inmenso el subterráneo que trabaja constantemente arrancando calorías al núcleo y transformándolas en formas definitivas, si hay algo definitivo y perdurable en el concierto interno de fuerzas conjugadas. Y esta duda con atisbos de realidad definitiva constituía mi dádiva a las autoridades sociales y científicas francesas, en memorable y solemne acto público, las que gustosamente aceptaron nuestro gesto de humanidad internacionalista tapizado de gratitud y de fraternidad encantadora y magnífica.

Y cabe preguntar: ¿Llegará el día de la general ecuanimidad y equidad en los destinos humanos? Creemos que sí, porque el Hombre, en su generalidad, es tenaz, especialmente cuando ha visto algo de la Verdad, esa Verdad inspiradora que nace de los hechos, y hechos son a los que nos referimos.

La «Fotografía Panorámica, Ciencia del futuro», es uno de los medios de propulsión en la carrera del Progreso, y podemos estar seguros, que temprano o tarde, ella será la tierra fecunda que calme multitud de nuestras inquietudes y cicatrice las heridas de los terribles desengaños. Algo hay en el interior de nuestro ser con este destino: la Meditación. Meditemos, pues, y obremos en consecuencia, perseverando en pos del Ideal.

Alberto CARSI



El pensamiento vivo de

Manuel González Prada

Decir verdad religiosa vale tanto como hablar de transparencia opaca y liquidez sólida.

—o—

Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hay que romper la botella para sacar la bola.

—o—

Que se reduzca la religión a cosa íntima, de gusto particular, lo mismo que la ropa interior, pues no debe haber ninguna constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica, como no hay ningún reglamento policiaco que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camisetas de hilo.

—o—

Como la hez se deposita en el fondo del vino, la Religión se refugia en las últimas capas sociales.

—o—

Desde que no se dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hay, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de los cursos religiosos, o más bien no enseñar religión alguna en las escuelas de un país.

—o—

Nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerable como una religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado de carbones ardientes.

—o—

El liberalismo católico representa en el orden moral a los lagartos voladores de la época secundaria; organismos con alas de pájaro y cuerpo de reptil, que hoy vuelan y mañana rastrean.

—o—

El clericalismo conduciendo a la humanidad se parece al ciego que cargaba al paralítico.

—o—

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alegarse la buena fe de los profesores: buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Koran; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de transformarla en espíritu bienhechor y poderoso; buena fe, el indostánico que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú; buena fe, el salcaje que para ganarse la benevolencia de un fetiche

se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe, el fakir que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agudos, imaginándose que la podredumbre de sus heridas le servirán de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta, y como para curarnos de una enfermedad, no buscamos ingenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe, sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer y el niño.

—o—

Quien practica el bien por la remuneración póstuma, no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoy uno para recibir mañana diez.

Vale más el ateísmo franco y leal, la negación en bloque de todos los dioses, que la mezquina concepción teológica de una divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra divinidad infinitamente mala.

—o—

El diagnóstico de la literatura contemporánea se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítico sangre anémica.

—o—

Podemos ser difusos en una línea y concisos en un volumen. Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo y hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso y ancho; el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

—o—

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, y nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad y vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

—o—

Si toda verdad contiene un fondo de poesía, ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la ciencia no es antipoética, la poesía ha de ser anticientífica?

españoles, franceses, entre otros Varlin; este libre contacto de hombres que se unían para la acción colectiva en una fraternidad revolucionaria, debía, se pensaba, dar más fuerza y cohesión al gran movimiento de que era expresión la Internacional.

En el verano de 1869, un amigo de Marx, Borkheim, reprodujo en el *Zukunft* de Berlín la vieja calumnia de que Bakunín era un «agente del gobierno ruso», y Liebknecht repitió este aserto en varias circunstancias. Habiendo ido este último a Basilea con ocasión del Congreso, Bakunín lo invitó a explicarse ante un jurado de honor. Allí, el socialista sajón afirmó que no había nunca acusado a Bakunín, que se había limitado a repetir las cosas leídas en un diario. Por unanimidad, el jurado declaró que Liebknecht había obrado con ligereza culpable y remitió a Bakunín esta declaración escrita y firmada por sus miembros; Liebknecht, reconociendo que había sido inducido en error, tendió la mano a Bakunín y éste, delante de todos, quemó la declaración del jurado, con la cual encendió un cigarrillo.

Después del Congreso de Basilea, Bakunín se retiró a Locarno (Tessino): esta resolución le había sido dictada por motivos de orden estrictamente privado, de los cuales uno era la necesidad de fijarse en un lugar donde la vida fuese barata, y donde pudiese entregarse con toda tranquilidad a los trabajos de traducción que contaba hacer para un editor de Petesburgo (se trataba en primer lugar de una traducción del primer volumen del *Capital* de Marx, aparecido en 1867). Pero la marcha de Bakunín de Ginebra dejó desgraciadamente el campo libre a los intrigantes políticos, que, asociándose a las maniobras de un emigrado ruso, Nicolás Utin, demasiado conocido por el triste papel que desempeñó en la Internacional para que tengamos necesidad de caracterizarlo aquí, lograron en algunos meses desorganizar la Internacional ginebrina, ocupar sus puestos directivos y apoderarse del periódico, *L'Egalité*. Marx, a quien sus rencores y sus mezquinas envidias contra Bakunín cegaban, no se avergonzó de rebajarse a concertar una alianza con Utin y la camarilla de los políticos pseudosocialistas de Ginebra, los hombre del «Templo Unico» (*), al mismo tiempo que por una «Comunicación confidencial» (marzo 28 de 1870) enviaba a sus amigos de Alemania, trataba de rebajar a Bakunín en la opinión de los demócratas socialistas alemanes, representándolo como un agente del partido paneslavista, del cual recibía, afirmaba Marx, veinticinco mil francos por año.

Las intrigas de Utin y de sus asociados ginebrinos lograron provocar una escisión en la federación romanda; ésta se separó (abril de 1870) en dos fracciones, de las cuales una, de acuerdo con las Internacionales de Francia, de Bélgica y de España, se había pronunciado por la política revolucionaria, declarando que «toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no podía tener otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente»; mientras

(*) Este era el nombre del local en que se reunía entonces la Internacional Ginebrina, antiguo templo masónico.

James GUILLAUME

BIOGRAFIA DE MIGUEL BAKUNIN

Ediciones "CENIT"

zaban el movimiento, y se terminó por la adhesión de la mayoría de los obreros jurasianos al socialismo revolucionario. En varias ocasiones Bakunín fué al Jura para ayudar con su palabra a lo que él llamaba la «reacción enmascarada en cooperación»; este fué el origen de la amistad que contrajo con los militantes de esta región. En Ginebra misma, un conflicto entre los obreros de la construcción, socialistas revolucionarios por instinto, y los obreros relojeros y joyeros, llamados de «la fábrica», que querían participar en las luchas electorales y aliarse a los partidos radicales, terminó, gracias a Bakunín — que hizo en *L'Egalité* una campaña enérgica y expuso en una serie de notables artículos el programa de la «política de la Internacional» —, con la victoria, desgraciadamente momentánea, del elemento revolucionario. Las secciones de la Internacional, en Francia, en Bélgica y en España, marchaban de acuerdo con las de la Suiza francesa, y se podía prever que en el próximo congreso general de la Asociación el colectivismo reuniría la gran mayoría de votos.

El Consejo general de Londres no había querido admitir la Alianza internacional de la democracia socialista como una rama de la Internacional debido a que la nueva sociedad constituía un segundo cuerpo internacional y a que su presencia en la Internacional sería causa de desorganización. Uno de los motivos que habían dictado esta decisión era la malevolencia de Marx contra Bakunín, en el cual el ilustre comunista alemán creía ver un «intrigante» que quería «trastornar la Internacional y transformarla en su instrumento»; pero, independientemente de los sentimientos personales de Marx, es cierto que la idea de crear, al lado de la Internacional, una segunda organización, era una idea poco feliz; es lo que los amigos belgas y jurasianos de Bakunín le expusieron; él se rindió a estas razones y reconoció la justicia de la decisión del Consejo general. En consecuencia, el Bureau central de la Alianza, después de haber consultado a los adherentes a esta organización, pronunció, de acuerdo con ellos, la disolución; el grupo local, que se había constituido en Ginebra, se transformó en una simple sección de la Internacional, y fué entonces admitida como tal por el Consejo general (julio de 1869).

En el cuarto congreso general, en Bale (6-12 de septiembre de 1869) la casi unanimidad de los delegados de la Internacional se pronunció por la propiedad colectiva; pero se pudo constatar, entonces, que había entre ellos dos corrientes distintas: los unos, alemanes, suizos alemanes, ingleses, eran comunistas de Estado; los otros, belgas, franceses, suizos franceses, españoles, eran comunistas antiautoritarios o federalistas, o anarquistas, que tomaron el nombre de *colectivistas*. Bakunín pertenecía naturalmente a esta segunda fracción, donde se contaban, entre otros, el belga De Paepe y el parisién Varlin.

La organización secreta fundada en 1864 se había disuelto en enero de 1869 a consecuencia de una crisis interior; pero muchos de sus miembros habían continuado entre ellos sus relaciones, y a su grupo íntimo se habían añadido algunos reclutamientos nuevos, suizos,

bra el primer número de un periódico ruso *Narodnoe Dielo*, redactado por Miguel Bakunín y Nicolás Jukowsky; contenía un programa intitulado «Programa de la democracia socialista rusa», idéntico en el fondo al programa que adoptó algunos días después la Alianza internacional de la democracia socialista. Pero desde su segundo número el periódico cambió de redacción y pasó a manos de Nicolás Utin, que le imprimió una orientación completamente diferente.

VI

La Asociación Internacional de los Trabajadores había sido fundada en Londres el 23 de septiembre de 1864: pero su organización definitiva y la adopción de sus estatutos no databan más que de su primer Congreso, celebrado en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866.

A su paso por Londres, en octubre de 1864, Bakunín, que no había vuelto a ver a Marx desde 1848, recibió la visita de éste: Marx acababa de explicarse con él con motivo de la calumnia, en otro tiempo acogida por la *Neue Rheinische Zeitung*, que los periodistas alemanes habían vuelto a poner en circulación en 1853. Mazzini y Herzen habían tomado entonces la defensa del calumniado, encerrado en una fortaleza rusa; Marx había, en esa ocasión, en el periódico inglés *Morning Advertiser*, declarado una vez más que Bakunín era su amigo; y se lo repitió. A consecuencia de esta conversación, Marx comprometió a Bakunín a unirse a la Internacional: pero éste, de regreso en Italia, prefirió consagrarse a la organización secreta de que he hablado ya; la Internacional, en sus comienzos, no estaba apenas representada, fuera del Consejo general de Londres, más que por un grupo de obreros mutualistas de París, y nada hacía prever la importancia que iba a adquirir. Fué sólo después de su segundo congreso de Lausanne (septiembre de 1867), después de los dos procesos de París y de la gran huelga de Ginebra (1868) que la atención se dirigió seriamente sobre esa asociación, convertida en una potencia de la que ya no se podía desconocer su misión como palanca de acción revolucionaria. En su tercer congreso en Bruselas (septiembre de 1868) se habían expuesto las ideas colectivistas en oposición al cooperativismo. Desde julio de 1868, Bakunín se hizo admitir como miembro de la sección de Ginebra, y desde su salida de la Liga de la paz, en el Congreso de Berna, se fijó en Ginebra, para poder mezclarse activamente al movimiento obrero de esta ciudad.

Una viva impulsión fué dada prontamente a la propaganda y a la organización. Un viaje del socialista italiano Fanelli a España tuvo por resultado la fundación de las secciones internacionales de Madrid y de Barcelona. Las secciones de la Suiza francesa se unieron en una federación que tomó el nombre de federación romanda y tuvo por órgano el periódico *L'Egalité* creado en enero de 1869. Se emprendió una lucha contra los falsos socialistas que en el Jura suizo obstaculi-

MIGUEL BAKUNIN

I

Miguel Alexandrovitch Bakunín nació el 30 de mayo de 1814 en la aldea de Priamuchino, distrito de Toryok, provincia de Tver. Su padre, que había seguido la carrera diplomática, vivió en su juventud, como agregado de embajada, en Florencia y en Nápoles; después volvió a establecerse en su dominio patrimonial, donde se casó a la edad de cuarenta años con una muchacha de dieciocho, perteneciente a la familia Muravief. De ideas liberales, se había afiliado a una de las asociaciones de los «decabristas»; pero después del advenimiento de Nicolás primero, desanimado, vuelto un tanto escéptico, no pensó más que en cultivar sus tierras y en educar a sus hijos. Miguel era el mayor de ellos; tuvo cinco hermanos y cinco hermanas. Hacia los quince años el joven Miguel entró en la escuela de artillería de Petersburgo; pasó allí tres años; después fué enviado como alférez a un regimiento de guarnición en la provincia de Minsk.

Esto ocurría poco después del aplastamiento de la insurrección polaca: el espectáculo de la Polonia aterrorizada obró poderosamente en el corazón del joven oficial y contribuyó a inspirarle el horror al despotismo. Al cabo de dos años, renunciando a la carrera militar, presentó su dimisión (1834) y se fué a Moscú. En esta ciudad vivió los seis años que siguieron, a excepción de algunas temporadas, durante el verano, que pasó en la morada paterna. En Moscú se entregó al estudio de la filosofía: después de haber comenzado por la lectura de los enciclopedistas franceses, se entusiasmó, lo mismo que sus amigos Nicolás Stankevitch y Belinsky, con Fichte, del cual tradujo (1836) las *Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*. Llegó en seguida al turno a Hegel, que dominaba entonces sobre los espíritus en Alemania: el joven Bakunín se hizo un adepto convencido del sistema hegeliano y se dejó deslumbrar un momento por la famosa máxima: «Todo lo que es real es racional», por medio del cual se justifica la existencia de todos los gobiernos. En 1839, Alejandro Herzen y Nicolás Ogaref, desterrados desde hacía algunos años, volvieron a Moscú y se encontraron con Bakunín: pero en ese momento sus ideas eran demasiado diferentes para que pudiesen entenderse.

En 1840, de veintiseis años de edad, se trasladó a Petersburgo y de allí a Berlín, con la intención de estudiar el movimiento filosófico alemán; tenía, se ha dicho, el propósito de consagrarse a la enseñanza y el deseo de ocupar un día una cátedra de historia o de filosofía en Moscú. Cuando Nicolás Stankevitch murió ese mismo año en Italia, Bakunín admitía aún la creencia en la inmortalidad del alma como una doctrina necesaria (carta a Herzen del 23 de octubre de 1840). Pero había llegado el momento en que su evolución intelectual debía realizarse, y la filosofía de Hegel iba a transformarse para él en una teoría revolucionaria. Ya Ludwig Feuerbach había sacado del hegelismo, en el dominio religioso, sus consecuencias lógicas; Bakunín debía hacer otro tanto en el dominio político y social. En 1842 dejó a Berlín y se fijó en Dresde, donde se unió con Arnold Ruge, que publicaba allí los «Deutsche Jahrbücher». En esa revista donde Bakunín hizo aparecer, bajo el pseudónimo de «Julio Elysard», un trabajo en que llegaba a conclusiones revolucionarias. El artículo fué titulado: «La reacción en Alemania, fragmento, por un francés», y termina con estos párrafos, el último de los cuales se hizo célebre: «Confiemos, pues, en el espíritu eterno, que no destruye y no aniquila más que porque es la fuente insondable y eternamente creadora de toda vida. El deseo de la destrucción es al mismo tiempo un deseo creador». Herzen, creyendo en el primer momento que el artículo era realmente obra de un francés, escribió en su diario íntimo, después de haberlo leído: «Es un llamado poderoso, firme, triunfante del partido democrático... El artículo es, desde el principio al fin, de un gran alcance. Si los franceses comienzan a popularizar la ciencia alemana—los que la comprenden, se entiende—, la gran fase de la acción va a iniciarse». El poeta Jorge Herwegh, et autor ya ilustre de las «Gedichte eines Lebendigen», habiendo ido a Dresde, se alojó en casa de Bakunín, con el cual trabó íntima amistad; fué también en Dresde donde Miguel Alejandrovitch conoció al músico Adolf Reichel, que se convirtió en uno de los más fieles amigos. El gobierno sajón manifestó pronto intenciones hostiles ante Ruge y sus colaboradores; así, pues, Bakunín y Herwegh abandonaron a Sajonia en enero de 1843 para irse juntos a Zurich. Bakunín pasó en Suiza el año 1843; una carta escrita a Ruge, desde la isla de San Pedro (lago de Vienne), en mayo de 1843 (publicada en París en 1844 en los «Deutsch-französische Jahrbücher»), termina con este vehemente apóstrofe: «¡Es aquí donde comienza el combate; y tan fuerte es nuestra causa que nosotros, algunos hombres esparcidos y con las manos ligadas, con nuestro solo grito de guerra inspiramos el espanto a sus miríadas! ¡Adelante, bravamente, quiero romper vuestras ligaduras—ah, germanos que deseáis haceros griegos!—yo, el escita. Enviadme vuestras obras; las haré imprimir en la isla de Rousseau, y con letras de fuego escribiré una vez más en la historia: ¡Muerte a los persas!»

En Suiza, Bakunín conoció a los comunistas alemanes, agrupados alrededor de Weitling; pasó el invierno de 1843-45 en Berna, donde

y sus amigos se aplicaron sobre todo a luchar contra los mazzinianos, republicanos autoritarios y religiosos que tenían por divisa *Dios y pueblo*; en Nápoles se fundó un periódico, *Libertà e Giustizia*, en el que Bakunín desarrolló su programa. En julio de 1846 participaba a Herzen y a Ogaref la existencia de la sociedad secreta, a la que consagraba desde hacía dos años toda su actividad, y les comunicaba el programa, del que sus antiguos amigos, dice él mismo, se escandalizaron mucho. En ese momento la organización, según testimonio de Bakunín, tenía adherentes en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en Inglaterra, en Bélgica, en Francia, en España y en Italia, y comprendía también polacos y rusos entre sus miembros.

En 1847, los demócratas burgueses de diversas naciones, principalmente los franceses y los alemanes, fundaron la «Liga de la paz y de la libertad», y convocaron en Ginebra un Congreso, que tuvo mucha repercusión. Bakunín tenía aún algunas ilusiones respecto a los demócratas; fué a este congreso, donde pronunció un discurso, se hizo miembro del Comité central de la Liga, estableció su residencia en Suiza, cerca de Vevey, y, durante el año que siguió, se esforzó por inclinar a sus colegas del Comité en favor del socialismo revolucionario. En el segundo congreso de la Liga, en Berna (septiembre de 1848), hizo, con algunos de sus amigos, miembros de la organización secreta fundada en 1844 — Eliseo Reclus, Aristides Rey, Charles Keller, Victor Jaclard, Giuseppe Fanelli, Saverio Frasca, Nicolás Joukowski, Valeriano Mroczkowski, etc., — una tentativa para hacer votar a la Liga resoluciones francamente revolucionarias; pero después de varios días de debates, los socialistas revolucionarios, encontrándose en minoría, declararon que se separaban de la Liga (25 de septiembre de 1848) y fundaron el mismo día bajo el nombre de *Alianza internacional de la democracia socialista*, una asociación nueva, de la cual Bakunín redactó el programa. Este programa, que resumía las concepciones a que su autor había llegado en el transcurso de una larga evolución, comenzada en Alemania en 1842, decía entre otras cosas:

«La Alianza se declara atea; quiere la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad política, económica y social de los individuos de ambos sexos; quiere que la tierra, los instrumentos de trabajo, como todo otro capital, convirtiéndose en propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales. Reconoce que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes, reduciéndose más y más a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, deberán desaparecer en la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales».

Al constituirse, la Alianza internacional de la democracia socialista había declarado querer formar una rama de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la cual aceptaban los estatutos generales.

Con fecha del 1 de septiembre de 1848, había aparecido en Gine-

miento en esta carta». En fin, en 1857, Alejandro se dejó ablandar y consintió en transformar la prisión perpetua en destierro a Siberia.

Bakunín fué internado en Tomsk. Se casó hacia fines de 1858 con una joven polaca, Antonia Kwiatkowska; poco después, por intervención de su pariente por la línea materna Muravief-Amursky, gobernador de la Siberia oriental, pudo ir a residir a Irkutsk (marzo de 1859), donde entró al servicio de la compañía del Amour, después en una empresa de minas. Esperaba obtener pronto su libertad y volver a Rusia; pero Muravief se había visto obligado a abandonar su puesto en vista de la oposición que le hacía la burocracia, y Bakunín comprendió que no le quedaba más que un medio de libertarse: la evasión. Saliendo de Irkutsk (5-17 de junio de 1861), con el pretexto de un viaje de negocios y de un estudio autorizado por el gobierno, como representante de un negociante llamado Sabachnikoff, llegó a Nicolaievsk (julio); allí se embarcó en un barco del Estado, el *Strelok*, yendo a De-Kastri, puerto situado más al sur; después logró pasar, sin despertar sospechas, a un navío mercante, el *Vikera*, que le condujo al Japón, a Hakodadi; de allí pasó a Yokohama, luego a San Francisco (octubre) y a New York (noviembre), y el 27 de diciembre de 1861 llegaba a Londres, donde fué recibido como un hermano por Herzen y Ogaref.

V

Se puede pasar rápidamente sobre los seis primeros años del segundo refugio de Bakunín en occidente. Reconoció pronto que, a pesar de la amistad personal que le unía a Herzen y a Ogaref, no podía asociarse a la acción política de que *Kolokol* era el órgano. Expuso sus ideas en el curso del año 1862 en dos folletos rusos, *A los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos* y *La causa del pueblo, Romanof, Pugatchef o Pestel?* Cuando estalló en 1863 la insurrección polaca, trató de unirse a los hombre de acción que la dirigían; pero la organización de una legión rusa fracasó; la expedición de Lapinski no pudo llegar a un resultado; y Bakunín, que había ido a Stokolmo, donde se le reunió su mujer, con la esperanza de obtener una intervención sueca, debió regresar a Londres (octubre) sin haber conseguido ninguno de sus propósitos. Se marchó entonces a Italia, donde hizo, a mediados de 1864, otro viaje a Suecia; regresó por Londres, donde volvió a ver a Marx, y por París, donde volvió a ver a Proudhon. A consecuencia de la guerra de 1859 y de la heroica expedición de Garibaldi en 1860, Italia acababa de nacer a una vida nueva: Bakunín permaneció en ese país hasta el otoño de 1867, fijándose primero en Florencia y después en Nápoles, y en sus alrededores. Había concebido el plan de una organización secreta de revolucionarios, en vista de la propaganda, y, llegado el momento, en vista de la acción, y desde 1864 consiguió agrupar un cierto número de italianos, de franceses, de escandinavos y de eslavos en esa sociedad secreta que se llamó la *Fraternidad Internacional* o la *Alianza de los revolucionarios socialistas*. En Italia, Bakunín

entró en relaciones con la familia Vogt (*); uno de los cuatro hermanos de la Universidad de Berna se hizo su amigo íntimo. Pero, inquietado por la policía suiza, y requerido por la embajada rusa para entrar en Rusia, Bakunín dejó a Berna en febrero de 1844, se fué a Bruselas y de allí a París; debía permanecer en esta ciudad hasta diciembre de 1847.

II

En París, adonde llegó con su fiel amigo Reichel, encontró a Herwegh y a su mujer (Emma Siegmund). Conoció a Carlos Marx, el cual, llegado de París en 1843, fué primeramente también uno de los colaboradores de Arnold Ruge, pero bien pronto comenzó con Engels la elaboración de una doctrina especial. Bakunín se asoció tanto a Proudhon que se veían frecuentemente; de acuerdo sobre ciertos puntos esenciales y distanciados sobre otros, se trababan entre ellos discusiones que se prolongaban noches enteras. Conoció igualmente a George Sand, de quien admiraba de quien admiraba el talento y que estaba entonces bajo la influencia de Pierre Leroux. Los años de París fueron para el desenvolvimiento espiritual de Miguel Bakunín, de los más fecundos: fué entonces cuando se esbozaron en su espíritu las ideas que habían de constituir su programa revolucionario; pero están aún mal desbrozadas sobre más de un punto y mezcladas a un resto de idealismo metafísico de que no se desembarazará por completo sino más tarde.

Ha dado él mismo las informaciones que siguen sobre sus relaciones intelectuales con Marx y con Proudhon en esa época:

«Marx—ha escrito en 1871 (manuscrito francés)—, estaba mucho más adelantado que yo, como lo está aún hoy; no más adelantado, sino que es incomparablemente más sabio. Yo no sabía entonces nada de la economía política; no me había deshecho todavía de las aberraciones metafísicas, y mi socialismo no era más que de instinto. El, aunque más joven que yo, era ya un ateo, un sabio materialista y un socialista consciente. Fué precisamente en esa época cuando elaboró los primeros fundamentos de su sistema actual. Nos vimos bastante a menudo, pues yo lo respetaba mucho por su ciencia y por su abnegación apasionada y seria, aunque siempre mezclada con la vanidad personal, hacia la causa del proletariado, y yo buscaba con avidez su conversación siempre instructiva y espiritual cuando no se inspiraba en mezquinos odios, lo que, ¡ay!, sucedía demasiado a menudo. Nunca,

(*) El profesor Wilhelm Vogt había dejado en 1835 la Universidad de Giessen, destituido por motivos políticos, y se había hecho profesor de la Universidad de Berna. Tenía cuatro hijos: Carlos, el célebre naturalista; Emilio, jurisconsulto; Adolfo, médico; Gustavo, abogado. (J. G.).

por consiguiente, hubo intimidad franca entre nosotros. Nuestros temperamentos no lo permitían. El me llamaba idealista sentimental y tenía razón; yo le llamaba vanidoso, pérfido y simulador, y tenía también razón».

En cuanto a Engels, Bakunin lo ha caracterizado así en un pasaje en que habla de la sociedad secreta fundada por Marx («Gosudarstvenno i Anarkhia», 1874, pág. 224): «Hacia 1845, Marx se ha puesto a la cabeza de los comunistas alemanes, y poco después, con M. Engels, su amigo constante, tan inteligente como él, aunque menos erudito, pero en cambio más práctico, y no menos bien dotado para la calumnia política, la mentira y la intriga, ha fundado una sociedad secreta de comunistas alemanes o de socialistas autoritarios».

De Proudhon, he aquí lo que dice en un manuscrito francés de 1860: «Proudhon, a pesar de todos los esfuerzos que ha hecho para sacudir las tradiciones del idealismo clásico, no por eso dejó de ser toda su vida un idealista incorregible, inspirándose, como le dije dos meses antes de su muerte (*), ya en la Biblia, ya en el derecho romano, y metafísico hasta el extremo. Su gran desgracia está en no haber estudiado jamás las ciencias naturales y en no haber apropiado su método. Ha tenido instintos de genio que le hicieron entrever el camino justo, pero, arrastrado por los malos hábitos idealistas de su espíritu, volvió a caer siempre en los viejos errores, lo cual hizo que Proudhon haya sido una contradicción perpetua, un genio vigoroso, un pensador revolucionario que se debatió siempre contra los fantasmas del idealismo y que no ha llegado jamás a vencerlos».

«Marx, como pensador, está en el buen camino. Ha establecido como principio que todas las evoluciones jurídicas en la historia son, no las causas, sino los efectos de las evoluciones económicas. Es éste un grande y fecundo pensamiento que no ha inventado absolutamente nada; ha sido entrevisto, expresado en parte por muchos otros antes que él; pero, en fin, a él le pertenece el honor de haberlo establecido sólidamente y de haberlo planteado como base de todo su sistema económico. Por otra parte, Proudhon había comprendido y sentido la libertad mucho más que él. Proudhon, cuando no hacía doctrina o metafísica, tenía el instinto del revolucionario: adoraba a Satanás y proclamaba la anarquía. Es muy posible que Marx pueda elevarse teóricamente a un sistema todavía más racional de la libertad que Proudhon, pero carece del instinto de la libertad; es, de pies a cabeza, un autoritario».

En 1847, Bakunin vió llegar a París a Herzen y a Ogaref, que habían dejado a Rusia para vivir en occidente; volvió a ver también a Belinsky, entonces en toda la madurez de su talento, y que debía morir al año siguiente.

A consecuencia de un discurso que había pronunciado el 29 de

(*) Proudhon murió el 19 de enero de 1865.

lin de Alejo». Al principio de su cautiverio, el conde Orlof fué a decirle que el zar le pedía una confesión escrita, pensando (carta a Herzen, 8 de diciembre de 1860, Irkutsk) «que se encontraba en poder de un oso» y que por lo demás, «siendo todos sus actos conocidos, no tenía ningún secreto que revelar», se decidió a escribir; en su carta decía al zar: «Deseáis mi confesión; pero no debéis ignorar que el penitente no está obligado a confesar los pecados ajenos. Yo no tengo más que el honor y la conciencia de no haber traicionado a nadie que haya querido confiarse en mí, y es por esto que no os daré nombres». Cuando Nicolás tuvo la carta de Bakunin, cuenta Herzen (*Obras Póstumas*), dijo: «Es un buen muchacho, lleno de espíritu; pero es un hombre peligroso, es preciso guardarlo bien bajo cerrojos».

Al comenzar la guerra de Crimea, pudiendo encontrarse la fortaleza de Pedro y Pablo expuesta al bombardeo y ser tomada por los ingleses, se transfirió al prisionero a Schlüsselburg (1854): allí fué atacado por el escorbuto y cayeron todos sus dientes. He aquí lo que el autor de la presente noticia ha escrito al día siguiente de la muerte de Bakunin, de acuerdo a los relatos recogidos de labios de éste, sobre el último período de su cautiverio: «El atroz régimen de la prisión había destrozado completamente su estómago; al final, nos contó él mismo, había tomado asco a todos los alimentos y se nutría exclusivamente de coles agrias picadas (chitchi). Pero si el cuerpo se debilitaba, el espíritu permanecía inflexible. Temía sobre todo una sola cosa: el encontrarse un día, por la acción debilitante de la prisión, en el estado de postración espiritual de que ofrece Silvio Pellico un ejemplo tan conocido; temía cesar de odiar, de sentir en su corazón el sentimiento de rebeldía que lo sostenía y llegar a perdonar a sus verdugos y resignarse a su suerte. Pero este temor era superfluo; su energía no le abandonó un sólo día y salió de su calabozo tal como había entrado. Nos ha contado también que para distraerse en los largos hastios de su soledad, se complacía en repasar mentalmente la leyenda de Prometeo, el titán bienhechor de los hombres, encadenado por orden del zar del Olimpo a una roca del Cáucaso; pensaba dramatizarla, y nosotros hemos retenido la melodía suave y quejumbrosa, compuesta por él, de memoria, de las ninfas del océano que iban a llevar sus consuelos a la víctima de las venganzas de Júpiter». (*Bulletin de la Fédération jurassienne de l'Internationale*, suplemento al núm. del 9 de julio de 1870).

A la muerte de Nicolás se pudo esperar que el cambio de gobierno aportaría algún alivio a la situación del indomable revolucionario; pero Alejandro II borró con su propia mano el nombre de Bakunin de la lista de los amnistiados. La madre del prisionero se presentó más tarde al zar para suplicar concediese gracia a su hijo, pero el autócrata respondió: «Sepa, usted, señora, que mientras su hijo viva no podrá ser libertado». El cautiverio de Bakunin se prolongó dos años aún después de la muerte de Nicolás; Alejandro permanecía sordo a todos los ruegos que se le habían dirigido. Un día el zar, teniendo en la mano la carta que Miguel Bakunin había escrito en 1851 a Nicolás, se dirigió al príncipe Gontcharof diciéndole: «Pero yo no veo el menor arrepenti-

primera asociación general de los obreros alemanes, la «Arbeiter-Verbrüderung»). La estatura gigantesca de Bakunín y su calidad de revolucionario ruso, atrajeron particularmente la atención sobre él; se formó pronto una leyenda en torno a su persona; es a él sólo a quien se atribuían los incendios provocados por la defensa; había sido, se escribió, «el alma verdadera de toda la revolución»; «ejerció un terrorismo que difundió el espanto»; había aconsejado, para impedir a los prusianos tirar sobre las barricadas, colocar en ellas las obras maestras de la galería de los cuadros, etc.

El 9, los insurrectos, retrocediendo ante las fuerzas superiores, efectuaron su retirada sobre el Freiberg. Allí, Bakunín intentó vanamente que Born pasase, con los combatientes que le quedaban, al territorio de Bohemia para provocar en esa zona una nueva sublevación: Born rehusó y licenció sus tropas. Entonces, viendo que no había ya nada que hacer, Heubner, Bakunín y el músico Ricardo Wagner se dirigieron a Chemnitz. Durante la noche del 9 al 10, los burgueses armados arrestaron a Heubner y a Bakunín y los entregaron a los prusianos; Wagner, que se había refugiado en casa de su hermana, logró escapar.

La conducta de Bakunín en Dresde fué la de un combatiente decidido y la de un jefe previsor. En una de sus cartas a la «New York Daily Tribune» (número del 2 de octubre de 1852), «On Revolution and Contre-Revolution in Germani», Marx, a pesar de su hostilidad, ha debido reconocer el servicio prestado por Bakunín a la causa revolucionaria; escribió: «En Dresde, la lucha se continuó durante cuatro días en las calles de la ciudad. Los tenderos de Dresde, la «guardia comunal», no sólo no combatieron, sino que en varios casos favorecieron la acción de las tropas contra los insurrectos. Estos se componían casi exclusivamente de obreros de los distritos manufactureros circundantes. *Encontraron un jefe capaz y de sangre fría en el refugiado ruso Miguel Bakunín.*»

IV

Conducido a la fortaleza de Königstein (Sajonia), Bakunín, después de largos meses de detención preventiva, fué condenado a muerte el 14 de enero de 1850; en junio la pena fué conmutada por la detención perpetua, y, al mismo tiempo, el prisionero fué entregado a Austria que lo reclamaba. En Austria estuvo primeramente detenido en Praga, y luego (marzo de 1851) en la ciudadela de Olmütz, donde el 15 de mayo de 1851 fué condenado a la horca; pero se le conmutó de nuevo la pena por la de detención perpetua. En las prisiones austriacas, Bakunín fué tratado duramente: tenía hierros en los pies y en las manos y aun, en Olmütz, estaba encadenado a la muralla por la cintura.

Austria lo entregó al gobierno ruso poco después de su condena. En Rusia fué encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, en el «reve-

noviembre de 1847 en el banquete dado en conmemoración de la insurrección polaca de 1830, Bakunín fué expulsado de Francia a requerimiento de la embajada rusa. Para tratar de restarle las simpatías que se habían manifestado tan pronto a su alrededor, el representante de Rusia en París, Kisselef, hizo correr el rumor de que Bakunín había estado al servicio de la embajada, *que lo había empleado*, pero que se veía obligada a desembarazarse de él porque había ido demasiado lejos (carta de Bakunín a Fanelli, 29 de mayo de 1867). El conde Duchâtel, ministro del interior, interpelado en la Cámara de los pares, se atrincheró tras calculadas reticencias para dar aliento a la calumnia imaginada por Kisselef, y que debía pronto repercutir en otra parte. Bakunín se fué a Bruselas, donde habitaba Marx, expulsado también de Francia desde 1855. Desde Bruselas escribió a su amigo Herwegh: «Los alemanes, obreros, Bornstedt, Marx y Engels—Marx sobre todo—hacen aquí su mal ordinario. Vanidad, malevolencia, chismes, fanfarronería en teoría y pusilanimidad en la práctica—disertaciones sobre la vida, la acción y la sencillez, y ausencia completa de vida, de acción y de sencillez—, coqueterías repugnantes con los obreros más instruidos y locuaces. Según ellos, Feurbach es un *burgués*, y el epíteto de *burgués* es repetido hasta la saciedad por gentes que no son de pies a cabeza más que burgueses de ciudad provinciana; en una palabra, tontería y mentira, mentira y tontería. En una sociedad semejante no hay medio de respirar libremente. Me mantengo alejado de ellos, y he declarado claramente que no iré a su *Kommunistischer Handwerkerverein*, y que no quisiera tener nada que ver con esa sociedad».

III

La revolución del 24 de febrero reabrió a Bakunín las puertas de Francia. Se apresuró a volver a París; pero bien pronto la noticia de los acontecimientos de Viena y de Berlín le decidió a partir para Alemania (abril), desde donde esperaba poder tomar parte en los movimientos insurreccionales de Polonia. Pasó por Colonia, donde Marx y Engels iban a comenzar la publicación de la «Neue Rheinische Zeitung»; era el momento en que la legión democrática alemana de París, que acompañaba a Herwegh, acababa de hacer en el gran ducado de Bade una tentativa insurreccional que concluyó en el más lamentable fracaso; Marx atacó a Herwegh violentamente con este motivo; Bakunín tomó la defensa de su amigo, lo que llevó a una ruptura entre él y Marx. Escribió más tarde (manuscrito francés de 1871): «En esta cuestión, pienso hoy y lo digo francamente, eran Marx y Engels los que tenían razón: juzgaban mejor la situación general. Atacaron a Herwegh con el descaro que caracteriza sus ataques y yo defendí al ausente con calor, personalmente, contra ellos, en Colonia. De ahí procede nuestra discordia». Se dirigió luego a Berlín y a Breslau y de allí a Praga, donde trató inútilmente de hacer propaganda democrática y revolucionaria en el Congreso eslavo (junio), y donde tomó

parte en el movimiento insurreccional duramente reprimido por Windischgratz; después volvió a Breslau. Durante su permanencia en esta ciudad, la «Neue Rheinische Zeitung» publicó (6 de julio) una correspondencia de París cuyo autor decía: «A propósito de la propaganda eslava se nos ha afirmado ayer que George Sand se encuentra en posesión de papeles que comprometen fuertemente al ruso expulsado de aquí Miguel Bakunín, y lo presentan como un instrumento o un agente de Rusia, nuevamente enrolado, al cual se atribuye la parte principal en el reciente arresto de los desgraciados polacos. George Sand ha mostrado esos papeles a algunos de sus amigos». Bakunín protestó inmediatamente contra esa infame calumnia con una carta que publicó el «Allgemeine Oder-Zeitung» de Breslau (carta que la «Neue Rheinische Zeitung» reprodujo el 16 de julio), y escribió a Madame George Sand para rogarle se explicara con motivo del uso que se había hecho de su nombre. George Sand respondió con una carta al redactor de la «Neue Rheinische Zeitung», fechada en la Châtre (Indre) el 20 de julio de 1848, diciendo: «Los hechos comunicados por vuestro corresponsal son completamente falsos. Yo no he poseído nunca la menor prueba de las insinuaciones que usted trata de acreditar contra M. Bakunín. No estuve, pues, nunca autorizada a emitir la menor duda sobre la lealtad de su carácter y la franqueza de sus opiniones. Apelo a su honor y a su conciencia para la inserción de esta carta en su periódico». Marx insertó la carta y dió al mismo tiempo la explicación siguiente de la publicidad que había acordado a la calumnia de su corresponsal en París: «Hemos cumplido el deber de la prensa de ejercer sobre los hombres públicos una estricta vigilancia y hemos dado al mismo tiempo por eso a M. Bakunín la ocasión de disipar una sospecha que había sido verdaderamente emitida en ciertos círculos de París». Es inútil insistir sobre esta singular teoría, según la cual la prensa tendría el deber de acoger la calumnia y de publicarla, sin tomarse el trabajo de controlar los hechos.

Al mes siguiente Bakunín encontró a Marx en Berlín y tuvo lugar una reconciliación aparente. Bakunín escribió con este motivo en 1871 (manuscrito francés): «Los amigos comunes nos obligaron a abrazarnos. Y entonces, en medio de una conversación medio en serio medio en broma, Marx dijo: «¿Sabes tú que estoy ahora a la cabeza de una sociedad comunista secreta tan bien disciplinada que si hubiese dicho a uno solo de sus miembros: «Vete a matar a Bakunín», te mataría?». Después de esta conversación no nos volvimos a ver hasta 1864».

Lo que Marx había dicho chanceando a Bakunín en 1848 debía tratar de hacerlo seriamente veinticuatro años más tarde; cuando la oposición del anarquista revolucionario en la Internacional se había hecho molesta para la dominación personal que Marx pretendía ejercer, éste intentó desembarazarse de él por un verdadero asesinato moral.

Expulsado de Prusia y de Sajonia, Bakunín pasó el resto del año 1848 en el principado de Anhalt. Fué allí donde publicó en alemán

su folleto: «*Aufruf an die Slaven, von einem russischen Patrioten, Michael Bakunin. Mitglied des Stavencongresses*». Desarrolla allí este programa: unión de los revolucionarios eslavos con los revolucionarios de las otras naciones, húngaros, alemanes, italianos, para la destrucción de las tres monarquías opresivas, imperio de Rusia, imperio de Hungría, reino de Prusia; y luego libre federación de los pueblos eslavos emancipados. Marx creyó deber combatir estas ideas; escribía en la «Neue Rheinische Zeitung» (14 de febrero de 1849): «Bakunin es nuestro amigo; esto no nos impedirá criticar su folleto», y formulaba así su punto de vista: «Aparte de los polacos, los rusos, y quizás también los eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene un porvenir por la simple razón de que faltan a todos los otros eslavos las primeras condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales de independencia y de vitalidad». Respecto de esta diferencia entre la manera de ver de Marx y la suya en la cuestión eslava, Bakunin ha escrito (1871, manuscrito francés): «En 1848 nos encontramos divididos por las opiniones; y yo debo decir que la razón estaba más de su parte que de la mía... Arrastrado por la embriaguez del movimiento revolucionario, estaba mucho más interesado en el aspecto negativo que en el aspecto positivo de la revolución... Sin embargo hubo un punto en que yo tuve razón contra él. Como eslavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo de los alemanes... y, como patriota alemán, Marx no admitía entonces, como no lo admite todavía hoy, el derecho de los eslavos a emanciparse del yugo de los alemanes pensando hoy como entonces que los alemanes están llamados a civilizarlos, es decir, a germanizarlos por buenas o por malas».

En enero de 1849, Bakunín llegó a Leipzig secretamente. Allí se ocupaba en la preparación de una sublevación en Bohemia, de acuerdo con un grupo de jóvenes checos de Praga. A pesar de los progresos de la reacción en Alemania y en Francia, se podía todavía esperar, pues en más de un punto de Europa la revolución no había sido aplastada. Pío IX, expulsado de Roma, había dejado el puesto a la república romana, dirigida por el triunvirato Mazzini, Saffi y Armellini, con Garibaldi por general; Venecia, libre otra vez, sostenía contra los austriacos un sitio heroico; los húngaros, rebelados contra Austria y dirigidos por Kossuth, proclamaban la decadencia de la casa de los Habsburgo. Por este tiempo estalló en Dresde (3 de mayo de 1849) una sublevación popular provocada por la negativa del rey de Sajonia a aceptar la constitución del imperio alemán que había votado el Parlamento de Frankfurt; el rey huyó el 4, fué instalado un gobierno provisorio (Heubner, Tzschirner y Todt) y los insurrectos permanecieron dueños de la ciudad durante cinco días. Bakunín, que había dejado a Leipzig por Dresde a mediados de abril, se convirtió en uno de los jefes de los rebeldes y contribuyó a hacer tomar las más enérgicas medidas para la defensa de las barricadas contra las tropas prusianas (el comandante militar fué primeramente el lugarteniente coronel Heinze; después, a partir del 8 de mayo, el joven tipógrafo Stephan Born, que había organizado el año precedente la

LAS ILUSIONES PERDIDAS DE UN DICTADOR REVOLUCIONARIO

Por mediación del Departamento de Estado americano, ve la luz un artículo de Lenin después de haber estado escondido por los leninistas durante treinta y tres años

Fué en 1922, cuando Lenin (ya gravemente atacado por la parálisis general de origen sífilítico que debía llevarle a la tumba en enero de 1924) empezó a verse colocado al margen de los asuntos, a la vez por sus médicos y por sus discípulos... Esta situación nueva le condujo a convertirse más y más en una especie de espectador ante lo que podía percibir de la vida rusa y a meditar sobre la obra realizada durante cinco años de bolchevismo. ¡Cuánta distancia hay de las teorías de «El Estado y la Revolución» a las constataciones desencantadas del dictador semi-retirado de la política! Todos los pensamientos de Lenin parecen concentrarse sobre tres motivos de preocupación: asegurar un minimum de unidad y de fluidez al poder monopolizado por un grupo de grandes sátrapas revolucionarios; mejorar la técnica y los conocimientos muy débiles del aparato del Estado (heredado de la burocracia zarista y decapitado de sus mejores elementos que reemplazan sobre la marcha los militantes incultos de la Inspección obrera y campesina); y, por último: atemperar la soberbia y la brutalidad de los administradores comunistas delegados por Moscú, en sus relaciones con las masas populares, las nacionalidades reunidas en el Imperio ruso y el campesinado en general.

A estos tres problemas, tres soluciones provisionales son propuestas en las notas inéditas de Lenin, recientemente exhumadas para los delegados al XX Congreso del P. C. B. de la U.R.S.S. Ampliación del Comité Central hasta un centenar de miembros, la mitad de los cuales debería ser encontrada fuera de los cuadros ya profesionalizados de la dictadura; atribución de poderes legislativos en ciertos dominios al aparato de planificación económica agrupando en su seno a los expertos burgueses e incorporando a los militantes así seleccionados; autonomía relativa otorgada a los diversos pueblos que constituyen la Unión Soviética, no solamente sobre el papel, sino en la práctica, reservando a las nacionalidades una cierta franquicia vis a vis de los colonizadores moscovitas.

Que este programa, concebido como un simple plan de reformas estructurales necesario a la supervivencia de una dictadura burocrática, está a cien leguas del federalismo «anarquista» proclamado en Kronstadt y en Ucrania, es innegable. Que no hay más que una coincidencia muy relativa con las medidas de destalinización emprendidas por Krouchtchev, Boulganine y consortes, esto aparece claro ante los observadores atentos de las cosas rusas. Pero resta la denuncia del gesto descarado que significó el secuestro, durante treinta y tres años, de las últimas voluntades políticas de Lenin, secuestro efectuado por los mismos leninistas.

La existencia de estas últimas voluntades (de las que hicieron referencia algunos escritos de opositores: Eastman, Pipes, Trotsky, etc.), fué siempre desmentida por los bolchevistas mayoritarios de Rusia y de todos los países. Hoy día, la autenticidad de estos textos es reconocida por el Kremlin, que asumió su distribución confidencial a los cuadros militantes del partido ruso, con ocasión del XX Congreso.

Es así como han sido distribuidos diez y ocho documentos, los más importantes de los cuales son el famoso «Testamento de Lenin», las notas del mismo sobre la ampliación del Comité Central; aquellas sobre la atribución de funciones legislativas a la Comisión del Plan, y el artículo sobre «Las Nacionalidades en la Unión Soviética», que a continuación traducimos.

Se trata de una toma de posición personal dictada en tres veces por Lenin, los 30 y 31 diciembre 1922, con ocasión de un conflicto entre los comunistas georgianos y el Comité Central del Partido. El tema general es el reconocimiento, por el propio dictador, de los excesos del centralismo gran-ruso, disfrazado bajo las apariencias de «federalismo» soviético. Pese a su autenticidad no discutida, y al hecho de que Lenin destinase este artículo a la publicación dentro del cuadro de la discusión preparatoria del XIII Congreso del Partido, este documento capital no llegó a conocimiento, ni del mismo Comité Central y, contra la decisión de una comisión compuesta por G. Zinoviev, L. Kamenev, A. Smirnov, M. Kalinine, N. Boukharine y J. STALIN, fué, por la influencia del mismo Stalin, descartado de toda publicación.

¿Por qué? Basta con tomar conocimiento del contenido para comprenderlo. En esta acta de acusación contra el celo bestial de Stalin en el asunto georgiano, se desliza la confesión característica del zar ruso, que, vencido por la enfermedad e inquieto ante el porvenir, reconoce, en los métodos de sus subordinados, la verdadera naturaleza de su obra. El aparato del Estado puesto en pie por el bolchevismo en cinco años de guerra civil, no difiere ni por su estructura, ni por su contenido, ni por sus procedimientos de gobierno, del aparato militar, policiaco y burocrático del absolutismo zarista. Más aún: le es inferior técnica, cultural e intelectualmente. Y, de un extremo al otro de lo que pretende ser una libre asociación de pueblos disponiendo del derecho supremo de secesión, reina el colonialismo gran-ruso, el imperialismo desdenoso y enredador del «tchinovnik» moscovita enarbolando el «knout». El funcionario no ha hecho más que extender sus poderes restringiendo sus capa-

ciudades humanas. Los más feroces y los más brutales de los dominadores son, por lo demás — como siempre — los elementos ganados a la causa del centralismo unitario. El polaco Djerzinsky, el georgiano Ordjonikidzé, se permiten públicamente procedimientos vejatorios y violencias físicas sobre sus propios camaradas de Partido. (¡Imaginemos cómo debieron tratar a los miembros de los otros partidos socialistas, a los revolucionarios no adheridos a su partido y a los simples ciudadanos de su Unión!).

No me parece inútil tener en cuenta algunos aspectos

prácticos de los consejos dados por Lenin en cuanto a las relaciones entre nacionalidades dominantes y nacionalidades dominadas en las relaciones personales entre trabajadores, y entre camaradas de ideas. Hay ahí, más aún que una cuestión de tacto psicológico, una aspiración fundamental a la justicia y a una dignidad compensatoria de las humillaciones sufridas que, como dice muy bien Lenin, no puede ser satisfecha sobre el plan abstracto de la igualdad formularia entre ciudadanos de todas las naciones.

A. PRUNIER

El problema nacional y la economía de los pueblos



El causado, por negligencia, un gran perjuicio a los trabajadores de Rusia. Mi culpa consiste en no haber defendido sus intereses con energía y tenacidad suficientes. Se habla siempre de la autonomía que es reconocida oficialmente a los miembros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; esta autonomía no existe en la realidad.

Verano, cuando se ha planteado lo que ha dado en llamarse problema nacional me encontraba enfermo y más tarde, en otoño había puesto demasiada confianza en el restablecimiento de mi salud, pensando que podría intervenir activamente en los Plenos de octubre y de diciembre. Sin embargo, no he podido asistir ni al Pleno de octubre (consagrado a ese problema) ni al de diciembre, y por esta causa, la cuestión me ha escapado enteramente.

Sólo he podido hablar con el camarada Djerzinsky, que había vuelto del Cáucaso y que me ha explicado cómo las cosas se presentaban en lo que a esto respecta en Georgia. He conseguido también cambiar algunas palabras con el camarada Zinoviev y le he hecho conocer mi ansiedad en lo que concierne a esta cuestión. Lo que me ha dicho el camarada Djerzinsky, que estaba al frente de la Comisión enviada por el Comité Central con el fin de informarse sobre el incidente georgiano, sólo ha servido para prepararme para lo peor. Si las cosas han llegado tan lejos, si Ordjonikidzé no ha podido evitar el empleo de la violencia física (de lo que me ha informado el camarada Djerzinsky) se puede imaginar en qué cenagal hemos caído. Evidentemente, toda la concepción de la «autonomía de los pueblos» es fundamentalmente falsa y engañosa.

Se dice que tenemos necesidad de la unidad del aparato. ¿De dónde proceden estas afirmaciones? ¿Es que no se trata de ese mismo aparato ruso, que, como ya se consignado en uno de los números anteriores de este diario, hemos heredado como sucesores del zarismo y que apenas ha sido tocado por el óleo santo del sovietismo?

Creo que hubiéramos debido esperar antes de plantear el problema de las nacionalidades, a que pudiésemos responder de nuestro aparato de Estado como de una cosa completamente nuestra. Y ahora, en conciencia debemos decir algo que es precisamente lo contrario de lo que hemos pretendido: a saber, que hemos llamado nuestro un aparato que nos es en realidad extraño y que es una olla podrida burguesa y zarista; que jamás hemos tenido la posibilidad de hacer cumplir con su deber a esa gente durante los cinco años transcurridos, sin la ayuda de nuestros Estados, en condiciones en que los asuntos urgentes de la guerra y del combate contra el hambre tenían prioridad.

En estas condiciones, no hay que asombrarse si el punto concerniente a la «libertad de secesión», con el cual nos hemos otorgado una justificación platónica, en la práctica ha sido un simple pedazo de papel, por completo insuficiente

para defender las razas extranjeras en Rusia contra las intrusiones de lo que es generalmente el hombre ruso, el gran-ruso, el «chauvin», y, de hecho, contra ese ser odioso y maligno que es el burócrata ruso típico. No es, pues, dudoso que el porcentaje insignificante de funcionarios soviéticos y soviéticos de que disponemos, se ahoga en el mar del chovinismo y de la canallería gran-rusa como una mosca en la leche.

Se pretende, para defender la práctica actual, que son autónomos todos los Comisariados del Pueblo, cuyas actividades se extienden a materias que tienen relación con el espíritu nacional y la educación de los pueblos adheridos. Pero una pregunta es útil aquí: ¿es posible hablar de Comisariados del Pueblo enteramente desligados del centro? Y una segunda pregunta: ¿Hemos aplicado las medidas convenientes con el cuidado necesario para defender las razas extranjeras contra el «derjimorda» (1) típicamente ruso? En mi opinión, no hemos tomado tales medidas, cuando hubiéramos podido y debido hacerlo.

Pienso que en este asunto ha jugado un papel fatal la precipitación y la impetuosidad administrativa de Stalin, así como por la importancia exagerada que él atribuye a la famosa corriente «social-nacionalista». Tales ignorancias del sentido de las proporciones dan comúnmente los peores resultados en política.

Temo igualmente que el camarada Djerzinsky, que ha ido al Cáucaso a hacer un informe sobre los «crímenes» de esos «social-nacionalistas» se haya distinguido, aunque polaco, por su predisposición típicamente rusa. (Es de notoriedad que los miembros rusificados de las otras nacionalidades tienden a exagerar sobre el capítulo de las actitudes típicamente rusas). La objetividad de que era capaz la comisión que él dirigía está plenamente caracterizada por las hazañas de Ordjonikidzé. En mi opinión, ninguna provocación ni ningún insulto podían justificar esos altos hechos al estilo ruso, y el camarada Djerzinsky ha causado un daño irreparable hablando de esas violencias a la ligera. Para todos los otros ciudadanos del Cáucaso, Ordjonikidzé era el gobierno. Ordjonikidzé no tenía derecho de permitirse brutalidades irresponsables tales como las que él y Djerzinsky han buscado la forma de excusar. Por el contrario, Ordjonikidzé tenía el deber de mostrar sangre fría, en un grado muy superior al que puede exigirse a un ciudadano ordinario, para no hablar de los que son acusados de un crimen político. Después de todo, los «social-nacionalistas» georgianos eran de hecho ciudadanos acusados de un crimen político, y todos los considerandos de la acusación han de caracterizarlos como tal.

Aquí, llegamos a un aspecto muy fundamental: ¿Qué entendemos nosotros por internacionalismo?

He escrito ya en aquellas de mis obras que fundamentan la cuestión nacional, que un concepto abstracto

(1) Dejimorda: personaje de una novela de Gogol, conocido por su arrogancia brutal.—(N. del T.).

del nacionalismo está absolutamente desprovisto de valor. La distinción debe ser hecha entre el nacionalismo de una nación opresora y el de una nación oprimida; entre el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña.

Ante este segundo tipo de nacionalismo, nosotros, rusos, que somos miembros de una gran nación, en la práctica nos hemos mostrado siempre culpables, en el curso de la historia, de un número infinito de ultrajes y, lo que es peor, continuamos, sin darnos cuenta, practicando toda suerte de violencias y de abusos. Que me baste citar mis recuerdos de riberano del Volga para mostrar el desprecio con que tratamos a los rusos. Se habla de un polaco, «un Pollack»; de un tártaro llamándole sarcásticamente «conde»; de un ucraniano moteándole «Kohkohl»; los georgianos y los otros miembros de las naciones caucásicas, son llamados «cacasianos».

En estas materias, el internacionalismo de las naciones opresoras, o de lo que se da en llamar «grandes naciones» (incluso si ellas sólo son grandes por la violencia, grandes solamente como un dominador puede ser «grande») no debe limitarse a la observación formularia de la igualdad entre las naciones: debe velar por la concesión de ventajas a las pequeñas. La nación opresora, la nación de gran extensión, debe así compensar las desigualdades que se presentan en la vida. El que no comprende esto, no capta la verdadera actitud proletaria frente a la cuestión nacional; de hecho, continua conservando el punto de vista del pequeño burgués y, por esta razón, ha de caer en una posición práctica por completo burguesa.

¿Qué es lo importante para un proletario en la cuestión de las nacionalidades? Para un proletario, no es solamente importante, sino esencial y obligatorio que sus camaradas de las otras nacionalidades le testimonien el máximo de confianza en la lucha proletaria común. ¿Cuál es la condición previa requerida para este fin? Es ciertamente otra cosa que una igualdad formularia. Es necesario que todo miembro de una nación dominada pueda encontrar un reconforte y, de una forma o de otra, una revancha de amor propio frente a las otras nacionalidades, para curar esta desconfianza, este espíritu inquieto, estos agravios acumulados a través del pasado histórico, por el hecho de la dominación de una «gran potencia».

Creo que los bolchevistas y los comunistas no deberían necesitar, sobre este punto, más amplias explicaciones. Pero tenemos ante nosotros un caso, el de la nación georgiana, que desde un punto de vista realmente proletario, requiere de nuestra parte una atención especialísima, lo que quiere decir, comprensión y concesiones. Un georgiano que trata este aspecto de las cosas con ligereza, que lanza a diestro y siniestro acusaciones de «social-nacionalismo» (cuando él mismo no es solamente un verdadero y auténtico «social-nacionalista», sino también un brutal Derjimorda gran-ruso) este georgiano infiere un daño a los intereses de la solidaridad de la clase proletaria, porque nada impide tanto el desarrollo y el reforzamiento de la solidaridad proletaria como la injusticia nacionalista. Las nacionalidades oprimidas en nada son tan sensibles como en el capítulo de sus derechos a la igualdad por parte de sus camaradas proletarios, incluso cuando se manifiesta bajo forma de una broma. Es por esta razón que, en este caso, será siempre preferible pecar por exceso que no por defecto, en materia de concesiones y de indulgencias en relación de las minorías nacionales. Y, siempre por la misma razón, el interés de base de la solidaridad proletaria y por consiguiente de la lucha de clase proletaria, pide que no tratemos nunca la cuestión nacional de manera formularia, sino que tengamos siempre en cuenta la indispensable diferencia que debe existir en las relaciones recíprocas entre los proletarios miembros de una nación oprimida (o pequeña) y los de una nación opresora (o gran nación).

¿Qué medidas prácticas deben adoptarse en la situación que se ha creado?

Primero, debemos mantener y reforzar la potencia militar de la Unión de Repúblicas Socialistas; sobre esto no puede haber duda alguna. Tenemos necesidad de ello, de la misma forma que el proletariado comunista del mundo entero necesita la unión en su lucha contra la burguesía internacional y en la defensa contra sus maquinaciones.

Segundo, debemos mantener toda la coherencia de la Unión de Repúblicas Socialistas en lo que concierne al aparato diplomático. Precisa mencionar aquí que este aparato ocupa una situación completamente excepcional en nuestros cuadros gubernamentales. Hemos purgado el antiguo aparato diplomático de todos los hombres que disponían, en tiempo de los zares, de la más ligera influencia. Todo funcionario, con cargos de responsabilidad, ha sido elegido entre los comunistas. Por esta razón, este aparato ha adquirido (podemos decirlo con orgullo) el renombre de un cuadro comunista probado y liberado de la influencia burguesa y pequeño-burguesa del antiguo régimen, en un grado incomparablemente más alto que el que hemos obtenido y con el que debemos contentarnos por el momento en los otros Comisariados del Pueblo.

En tercer lugar, conviene sancionar de forma ejemplar al camarada Ordjonikidzé (lo digo con sentimiento, con mayor motivo perteneciendo yo mismo al círculo de sus amigos y habiendo trabajado con él en el extranjero, en la emigración); es igualmente necesario reexaminar a fondo todas las decisiones de la comisión Djerzinsky, a fin de revisar y de enderezar el gran número de injusticias y de sentencias preventivas que sin duda contienen. La responsabilidad política por toda esta campaña verdaderamente nacionalista en el sentido gran-ruso incumbe, sin ninguna duda, a Stalin y a Djerzinsky.

Cuarto, debemos introducir reglas muy rigurosas concernientes al uso oficial del idioma nacional en las Repúblicas adheridas, que son miembros de nuestra Unión, y deberíamos asegurar la meticulosa observación de estas reglas. Sin ninguna duda, bajo el pretexto de la unidad en el servicio de los ferrocarriles, bajo el pretexto de la unidad en materia fiscal, etc., un gran número de abusos de un tipo esencialmente «ruso» forman parte de nuestra existencia cotidiana. Para combatir estos abusos, debemos poner en práctica una vigilancia excepcional; esto sin perjuicio de la integridad especialísima de los que se entregarán abnegadamente a esta lucha.

Tendremos necesidad en estas materias de un código detallado que no puede ser elaborado más que por los nacionales adheridos, residiendo en una determinada república. Pero debe bien entenderse que, mientras haremos esto, no por ello dejaremos de examinar, en el próximo Congreso, el retorno a la situación anterior; es decir, que mantendremos la unidad de las Repúblicas Socialistas Soviéticas exclusivamente en el dominio de los asuntos militares y diplomáticos, mientras que en otras materias, cada uno de los Comisarios del Pueblo será plenamente independiente.

Debemos tener presente en nuestro espíritu el hecho de que el aislamiento que de ello resultaría para los diferentes Comisariados del Pueblo, es decir, la falta de coordinación en su trabajo en relación con Moscú y con otros centros, puede ser superado en grado suficiente por la autoridad común del Partido, a condición de que esa autoridad se ejerza con una prudencia y una imparcialidad más satisfactorias. El mal que, en nuestra situación, podría resultar de la falta de unidad de los aparatos nacionales con el aparato ruso, sería incomparablemente inferior al de una excesiva rusificación. Pues de los excesos de centralismo resultaría un perjuicio profundo para nosotros y para toda la Internacional, para las centenas de millones de habitantes del

Ciudades españolas

JEREZ DE LA FRONTERA



En la provincia más vieja de España, cerca del Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera. De la Frontera, como otras poblaciones importantes de Cádiz. El Puerto es triste y Jerez alegre. El Puerto huele a légamo y Jerez a vino. Tengo malos recuerdos del Puerto de Santa María y buenos de Jerez de la Frontera. Entre una y otra población hay una notable diferencia ambiental. En Jerez la jaula y el pájaro se corresponden; en el Puerto la jaula es más bonita que el pájaro. A mí, en Jerez, no me grazneó ningún cuervo y en el Puerto de Santa María sí. Por decir la verdad, esto es, que la luz que al Puerto le falta se la quita el presidio y abogar por el derribo. En la Puntilla a poco me dan la puntilla.

Jerez, universal, más que Cádiz, pese a su solera fenicia, cartaginesa y visigótica, y a pesar de sus posteriores renombradas Cortes. Un pueblo grande, de mucho movimiento, con más cepas que rosales—flor es allí la uva—y más mujeres guapas que rosas. Los clisos de las jerezanas oscurecen el sol y esclarecen la noche. Don de las bodegas son alcázares y las cuadras palacios. En los ermitorios de Baco—muchos, excesivos—escancian oro.

Jerez ha erigido un monumento ecuestre a Primo de Rivera y es injusto, porque Noé la cogió mucho an-

tes. No se le da importancia a cargar delantero e inclusive a personas de categoría se las ve por las calles haciendo esos mayúsculas. Faltan vomitorios municipales para que no haya necesidad de ir al Gallo (cerca de la estación) a cambiar la peseta. El vino hecho alumbra como el sol y es fino como la luz; a uno da sueño y a otro ensueños. El mismo topacio con diferentes luces. En Jerez la atmósfera está cargada de ámbar.

...Y de anhelos de justicia social. Esto no lo ve el turista que contempla la vastedad de la Plaza del Arenal o la animación de la calle Larga, o las residencias de títulos, o los círculos de los señores o el desfile de carruajes por las avenidas del Parque. Al turista culto el campo jerezano se le figura el Taygeto y la ciudad jerezana la sede de Baco. Sabe de las madres del vino que en copón de cristal le sirvieron yendo de bodega en bodega, mas no de la solera revolucionaria de los hombres, caldo de grados de otra gota. En este latifundio el hambre emborracha más que el mosto, y la ebriedad es más persistente.

¡Cuidado con los campesinos de Jerez, aforrados de razón y no de bebida, que tienen malas pulgas! Revolucionarios de marca, ya muchos años fermentando en la cuba. Como que son ellos—oro viejo—los que dan el mérito al vino jerezano.

PUYOL

Asia, que siguiendo nuestros pasos, deben, en un porvenir próximo, entrar en la escena de la historia.

Sería un oportunismo imperdonable si nosotros mismos, a la víspera de ese resurgimiento del Oriente y en la aurora de su despertar, cometiésemos la falta de minar a sus ojos nuestra autoridad, aunque sólo fuese por la más mínima falta de tacto y la menor injusticia contra nuestros camaradas de Partido pertenecientes a otras razas. La necesidad de la solidaridad contra el imperialismo de Occidente, que defiende en la actualidad el mundo capitalista, es otra cuestión; aquí no puede haber duda alguna y no tengo necesidad de decir que apruebo las medidas tomadas sin ninguna reserva. Pero no es lo mismo, sin embargo, cuando vemos que nosotros mismos engendramos una actitud imperialista en nuestras relaciones con las nacionalidades oprimidas,

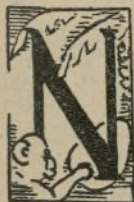
incluso cuando ellas solo se refieren a detalles insignificantes; esto desmiente nuestra sinceridad en materia de principios, y en la defensa de principio de las nacionalidades en la lucha contra el imperialismo.

Y llegará un día, en la historia del mundo, en que cada pueblo oprimido por el imperialismo despertará y entonces empezará el combate decisivo, largo y difícil de su liberación común.

V. I. LENIN

(Palabras proféticas de Lenin, que hoy los recientes acontecimientos de Hungría confirman, confirmando a la vez su inquietud ante los hombres que desvirtuaron completamente la ideología y la finalidad de la Revolución rusa. — N. de la R.)

EL ALCOHOL, LA MUJER Y EL NIÑO



O hace muchos días que una tarde llegó a mi consultorio un matrimonio trayendo tres niños pequeños, entre dos y seis años de edad, y con voz apagada la madre me rogó que les curara de caridad, pues eran muy pobres y no tenían dinero para pagar. La mujer era una indita, como de 25 años de edad, baja de cuerpo y rostro agraciado, pero la infeliz venía descalza y llena de harapos. El marido era de tipo criollo, alto y bien proporcionado, pero no despejaba los labios y su mirada era extraviada, como la de un hombre que no estaba en su juicio.

La mujer pronto me hizo conocer la causa de su miseria. «Mi marido, me dijo, es muy buen trabajador y gana un jornal alto, pero tiene el vicio de la bebida y gasta en alcohol todo lo que gana. Los sábados, sobre todo, son días muy malos para mí; cuando cobra el jornal de la semana, se lo gasta todo y no viene a casa hasta el amanecer, y entonces me golpea y rompe todo lo que está a su alcance. Mis niños gritan asustados y yo paso un miedo horrible, pues él no sabe lo que se hace. Una vez estuvo una temporada recluido en un manicomio y al paso que va no tardará en volver.

Los pobres niños tenían un aspecto lastimoso, y era un asombro que vivieran con tan poca sangre, devorados por el paludismo y la uncinariosis. Eran tan pequeños y desnutrados que representaban mucho menor edad que en realidad tenían.

Ante aquel cuadro tan triste me dirigí al hombre y le aconsejé que cambiara de conducta, ya que el vicio del alcohol era la causa de la miseria y de las enfermedades de los suyos.

—Cuando tenga dinero, me contestó, voy a venir para que usted me cure.

—¿Pero es verdad que quieres curarte de una enfermedad tan terrible como es el vicio del alcohol? Si lo haces, te curo gratis, te regalo las medicinas y, al mismo tiempo, curo a tus hijos que están muy enfermos y si siguen así vivirán poco, siendo tú el culpable de su muerte.

—¿Y qué debo hacer?—me contestó.

—Ven a visitarme todas las noches, cuando estés libre de tu trabajo, y yo te pondré en cura, no teniendo otra cosa que hacer que estar una semana sin beber, la que yo necesito para curarte, despertando en tí una voluntad nueva, y luego, cuando no bebas, te curaré del daño que te ha hecho el alcohol.

Y vino dos noches seguidas, el jueves y el viernes, pero el sábado, a pesar de la recomendación que le había hecho, se bebió el dinero que había ganado en la semana, y el domingo me lo trajo borracho un hermano que tenía, para darme las gracias y aconsejarme que no perdiera el tiempo con su hermano, que era cosa perdida.

En efecto, había que confinarlo en una habitación, porque el vicio del alcohol es irresistible.

¡Pobres mujeres y pobres niños!, víctimas inocentes de la locura de los hombres.

Conocí en un pueblo del Estado de Zacatecas a una bella joven, modelo de delicadeza femenina que la habían casado por el interés sus padres con un bruto gro-

sero y casi siempre borracho que la hacía sufrir horriblemente noche y día. Sin embargo, le aguantaba con una paciencia extrema y no quería abandonarlo y dejar la casa, no fuera el alcohólico a sufrir algún inconveniente por su ausencia.

Tiempo atrás llegó a mi consultorio un matrimonio de campesinos con un niño recién nacido en los brazos, envuelto cuidadosamente en unos trapos. Cuando me mostraron el niño quedé horrorizado al contemplar a un pequeño monstruo del tamaño de un conejo desollado, sin carne alguna, y sí formado de huesos y pellejo, con unos miembros como palillos de tambor. Lanzaba a cortos intervalos un gemido casi imperceptible, como señal que aún vivía. Su pelo era largo y negro, como llevan los niños indios de pocos días de nacido, y sus ojos desprendían dos lucecitas mortecinas próximas a apagarse.

Los que creía eran sus padres lo trataban con extrema delicadeza, como si llevaran un objeto en peligro de disgregarse y, hasta me preguntaron si la luz y el aire que penetraban por la ventana no llegarían a perjudicarlo.

—No tengáis cuidado, les dije; la luz y el aire es la vida, y si no contemplad el mar de verdura que se extiende a nuestro alrededor, con sus flores, sus frutos y sus mariposas.

Al decirles que me complacía mucho el cariño que demostraban tener a su hijo, me contestaron que no era hijo suyo, aunque lo querían tanto como si lo fuera, por lo desgraciado que era, habiéndosele arrancado a un padre desnaturalizado que intentaba matarlo, después de haber asesinado a la madre que lo trajo al mundo. Y entonces me contaron esta negra historia, que voy a mi turno a referir, aunque amargue a vuestro espíritu, pero hay que conocer el mal frente a frente para ponerle remedio:

En un lugar apartado de la selva, y en una choza o jacalito de palmas, daba a luz una mujer, cuando llegó su marido borracho, como acostumbraba a diario, y al enterarse que un nuevo vástago venía a aumentar la familia, se enfureció y golpeó tan fuerte con un martillo a la parturienta, en la cabeza, que murió al nacer su niño. Entonces aquel loco por el alcohol, careciendo de leche, intentó alimentar al chico con café solo. El pobre niño gritaba día y noche, atormentado por el hambre, y se fué desmejorando por momentos. Entonces el miserable decidió matar al niño, quemarlo y enterrar sus cenizas en la misma choza, para verse libre de las molestias que le ocasionaba su propio hijo. En el acto de cometer tan monstruoso crimen, el matrimonio a que me refiero, alertado por lo que ocurría, penetró en la choza y le arrancó el niño al padre enloquecido, trayéndolo a mi consultorio para ponerlo en cura.

El alcohol convierte al hombre en la peor de las fieras borrando en él todo sentimiento humano.

El caso que voy a referir a continuación es muy típico y pone de manifiesto los efectos nefastos del alcohol sobre un organismo tan delicado como el del niño.

Se presentó un día en mi consultorio de Siruela (Badajoz) una mujer acompañada de su hijo, un niño de

cinco años que había hecho un penoso viaje desde Ciudad Real para venir en mi busca.

El niño presentaba un aspecto enfermizo con la cara chupada, tez terrosa, vientre abultado y piernas delgadas. Parecía un viejito enano.

Un examen detenido me puso en la pista de una enfermedad del hígado. Este estaba atrofiado y endurecido, el bazo en cambio, abultado; el vientre con derrame y circulación colateral manifiesta. Es evidente que se trataba de una cirrosis del hígado, pero no estaba cierto de la causa que la había producido. Pensé en el paludismo, en la sífilis, en la insuficiencia del corazón, en la tuberculosis; pero no se me ocurrió, dada la edad del niño, descubrir la verdadera causa.

—No se vaya usted tan de prisa, señora, que no acierto hoy a descubrir la enfermedad de su niño.

—¿Cómo es eso, cuando me han dicho que usted sabe mucho?

—Le han engañado a usted o le han dado una broma—le dije por toda contestación.

—En todo caso, insistió, mándele usted alguna medicina; me marcharé hoy y volveré otro día con más tiempo.

Por fin pude convencer a la mujer de aguardar un poco, pues era absurdo recetar a ciegas.

Aquel día tuve mucho trabajo para reflexionar con calma sobre el caso del niño, pero en el amanecer del día siguiente después de un sueño reparador y todavía en el lecho, me dí una palmada en la frente y me dije: ¿Cómo no se me ocurrió interrogar a la señora sobre un punto tan esencial que quizá dé la clave del enigma?

Inquieto por la idea que me asaltaba hice pasar la primera en mi consultorio a la mujer de Agudo, y a quemarropa le hice esta pregunta:

—¿Este niño bebe vino?

—Con vino lo desteté, contestó la mujer, y vino sigue bebiendo aunque en poca cantidad, todos los días. Su abuelo tiene una de las mejores bodegas del pueblo, donde se expende el vino manchego. Todas las tardes el abuelo y sus amigos se reúnen en la bodega y beben a saturación; y entre los comensales se encuentra el nietecito, el cual bebe su vasito y brinda por la salud de los concurrentes, que ríen a carcajada de la gracia del niño.

Aquella tarde llegó el abuelo, inquieto por la tardanza de su nietecito, un viejo obeso y rojo por el abuso del alcohol, quien confirmó lo dicho por la madre.

No había la menor duda que el pobre niño padecía una cirrosis alcohólica, enfermedad poco común en la infancia, pero frecuente en los hombres, y alguna vez que otra en la mujer, sobre todo después de la primera guerra mundial que se desarrolló el vicio de las bebidas alcohólicas en el bello sexo.

La enfermedad a que me refiero del niño de Agudo no es un caso raro, pues he leído en la literatura médica casos parecidos en Normandía, Flandes, Inglaterra y en ciertas regiones de Alemania.

Para evitar la cirrosis alcohólica en los niños hay un medio muy sencillo; no darles el alcohol salvo con un fin terapéutico, y entonces no prescribir más de cinco gramos de aguardiente por año de edad, y no prolongar su uso, como hemos observado en algunas familias repitiendo la receta, pues hay peligro de los peores efectos en el estómago y el hígado.

El enfermito de referencia curó después de largo tratamiento.

Hace algún tiempo que vivía en una casita enfrente de la que yo habito un zapatero remendón que gastaba en alcohol todo lo que ganaba y algo más que pedía prestado. Tendría 40 años de edad y era alto de cuerpo y bien proporcionado de carnes. Como su mujer y una hija joven que tenía, pasaban hambre y sufrían

malos tratos, huyeron a Veracruz y se pusieron a trabajar como sirvientas, dejando con el zapatero a un niño de seis años de edad, hijo de aquel matrimonio infeliz. El zapatero vivía miserablemente con su niño y dormía en el duro suelo del tabuco en que trabajaba. Aquel hombre deliraba en su inquieto sueño y veía seres fantásticos que le amenazaban.

El niño se acurrucaba en un rincón temblando y así pasaba la noche. Cuando llegaba el día, venía a mi casa a buscarme, conservando todavía en su rostro las huellas del espanto.

Un día salió el zapatero a dar un paseo a caballo y en la carretera que recorría paró en un puesto de bebidas alcohólicas abierto allí por un sujeto en compañía de una prostituta, mujer muy aparente para aquel negocio. El dueño del puesto era antes un honrado campesino, pero dejó el trabajo del campo, como muchos otros, por la venta del alcohol, que era mucho más productivo, aunque envenenaba a sus semejantes. Allí bebió el zapatero nada menos que un litro de alcohol a 96° que dividió en cuatro vasos, con limón y azúcar.

Esa infernal pócima está muy generalizada por aquí y lo llaman «un torito» siendo en realidad más peligroso que un toro de Miura. Después montó en un caballo corriendo a toda velocidad, con las espuelas clavadas en el vientre, hasta que el cuadrúpedo desbocado lo arrojó al suelo pisoteándole y rompiéndole varias costillas, una de las cuales le desgarró la pleura, produciéndole un enfisema.

Dos días después murió el desdichado, no por las heridas recibidas, sino por la intoxicación producida por la enorme cantidad de alcohol que había ingerido.

Como la historia se repite, hoy vive otro zapatero alcohólico en el mismo tabuco en que murió su antecesor. Se emborracha con mucha frecuencia y gasta en alcohol lo poco que gana. Ya han huido de la casa su mujer y una hija joven, y quedan con el padre dos lindas muchachas candidatas a la prostitución.

Lo mismo que en los pueblos ocurre en los campos. Aquí cerca hay varios ranchos o pequeños poblados de campesinos. Estos trabajadores son analfabetos, alcohólicos y palúdicos; no tienen escuelas, pero no les falta las cantinas o tabernas. Sus instrumentos de labranza sólo sirven para arañar la tierra, en la que siembran, como hace siglos, maíz y chiles (pimientos picantes), que se consumen de una manera extraordinaria. Desconocen los abonos y no tienen tierras de regadío. Los comerciantes que compran sus productos los explotan escandalosamente. Pudiendo vivir en la abundancia viven miserablemente, embrutecidos por el alcohol y ciegos por la ignorancia. Los hijos siguen el mismo camino que los padres, pero las hijas huyen muy jóvenes de sus casas, se colocan de sirvientas en las ciudades, o de camareras en los bares, no tardando en prostituirse y arrastrar una vida penosa. Es muy triste contemplar a muchas de estas muchachas con un hijo pequeño y enfermito en los brazos, abandonadas por el hombre-monstruo que las perdió. Por lo general estos niños mueren muy pequeñitos, faltos de todo cuidado. Le dan el pecho a todas horas día y noche y los destetan muy pronto, y les dan de comer alimentos que no son propios de tan corta edad. Cuando están enfermos, los llevan a los curanderos, o a los brujos, que los curan del mal de ojos, de espanto, de embrujamiento, etc. He conocido mujeres que han dejado morir intencionadamente a sus hijos, para verse libre de ellos. Otras veces los regalan gratuitamente. Es lo único que aquí se regala, pues hasta un perrito cuesta de 5 a 10 pesos.

En el fondo de todos estos males está la ignorancia de los pobres y la maldad de sus explotadores, pues sólo tratan de enriquecerse para no trabajar, creerse supe-

riores a los otros y satisfacer sus bajos apetitos. Está tan embotada la sensibilidad de estos ciudadanos, sedientos de alcohol, que hasta ha desaparecido en ellos el amor a sus hijos y a sus esposas. La belleza de la selva, con sus florestas enmarañadas, sus árboles gigantes, su infinidad de pájaros cantores, sus caudalosos ríos, sus torrentes impetuosos, sus crepúsculos maravillosos, no les dice nada a sus sentidos: el alcohol empaña la belleza. En estos campos tan ricos, donde la vida sería tan fácil, donde los ratos de ocio podrían distraerse sus habitantes contemplando los fenómenos de la Naturaleza, acompañados del libro, del dibujo y de la música, hoy al alcance de todos, no reina en estos lugares más que la sombra y el dolor.

Como se desconoce toda idea generosa y se ignoran los beneficios de la ayuda mutua, viven muy mal entre ellos, menudeando los robos y los asesinatos. Recuerdo una fiesta que hubo en uno de estos poblados, tiempo atrás, y de pronto salió del bosque un alcohólico y marihuano, más peligroso que una fiera, disparando su fusil sobre la gente que bailaban. Varias personas, que me trajeron aquí a curar, quedaron gravemente heridas, y una de las balas atravesó el pecho, que le había amantado, de su propia madre.

En este pueblo en que vivo, que tendrá unos 10.000 habitantes, hay unos 200 establecimientos donde se expenden bebidas alcohólicas, y en algunos marihuana. Los sábados, que se cobran los jornales, parece esto un manicomio suelto. No hace mucho que una quincena murieron cuatro personas de edad madura por la ingestión del alcohol en exceso. Podían haberse salvado, pero el médico que los asistía malamente, era el borracho número uno.

Con razón dijo uno, que la taberna es el sitio donde se vende la locura en botellas. De la taberna al burdel no hay más que un paso, y del burdel a la sífilis ni un paso siquiera. De la taberna al manicomio no hay mucha distancia; se encuentra en la misma calle. De la taberna al presidio se pasa por la calle del crimen. De la taberna al abismo, no hay más que un salto. Mientras más cerca se está de la taberna, más lejos se está de la familia.

Dormía una noche en un hotel del pueblo de La Cruz, en el Estado de Sinaloa (México), cuando me despertaron los gritos y llantos de unas mujeres que llamaban con grandes golpes a la puerta de mi habitación. Me levanté apresuradamente y abrí la puerta, entrando dos mujeres acompañadas de un joven que, gimiendo, se llevaba las manos a su rostro ensangrentado. Una era la madre y la otra hermana del lesionado, que presentaba una herida en la mejilla y en el ojo izquierdo, de la que brotaba la sangre en abundancia.

El pueblecito de La Cruz, a pesar del nombre tan cristiano que lleva, abusaba en extremo del alcohol, y hasta tenía una pequeña banda de música que acompañaba a los borrachos de una taberna a otra, cuando iban de parranda.

El mozallete de referencia había acompañado aquella noche a un grupo de borrachos, y uno de ellos, en el colmo de la locura, arrojó con violencia una botella vacía contra el muro, rebotando los pedazos de vidrio e hirviendo seriamente al muchacho en la cara.

Por cierto que me impresionó mucho la desolación de aquellas mujeres por la herida del ser querido arrojando en sus gritos a medida que le prestaba asistencia.

¡Qué desgracia! gritaban las infelices mujeres, derramando copiosas lágrimas y extendiendo los brazos con ademán de desesperación.

—Desgracia, ninguna, les contesté tranquilo, sino suerte loca.

Quedaron en silencio y me interrogaron con la vista,

esperando una explicación a una afirmación tan extraña como la mía.

—Decía que había sido una suerte la herida de este joven, que tiene aspecto de hombre inteligente, porque recapacitará sobre lo ocurrido, seguirá mis consejos, y no volverá a beber una gota más de alcohol, ni tendrá compañías tan peligrosas.

Y así fué, y desde entonces aborreció la bebida y fué el mejor auxiliar que tuve en mi propaganda anti-alcohólica por aquellos lugares.

Y la tranquilidad y la alegría entraron en su casa, y mientras allí estuve su familia no dejó de demostrarme su agradecimiento.

Como a veces la desgracia abre los ojos a la razón me he aprovechado del infortunio para intentar separar a los alcohólicos el mal seguido y hasta lo he conseguido, si se trataba de un hombre de una mediana inteligencia.

Recuerdo un caso típico de lo que digo. En la Puebla de Alcocer (Badajoz), había un director del telégrafo de la localidad que se embriagaba con mucha frecuencia, causando los mayores disgustos a su anciana madre y a su joven esposa, que tenían dos bellos hijos del matrimonio.

En una ocasión, bebió tanto el telegrafista, entre otros tóxicos, una botella de aguardiente, que se puso en extremo grave, presentándose un caso del temible delirium tremens. Bien creía que se moría, pero gracias a mi asistencia pude salvarle la vida.

—Este desgraciado no beberá más, aseguré a las mujeres acongojadas, y al marcharse el alcohol llevará consigo todas vuestras penas.

Cuando hablé con el telegrafista, con la salud recobrada y en pleno uso de razón, me dijo con voz firme:

—Le aseguro a usted que no volveré más a tomar una gota de alcohol y aconsejaré a mis amigos que hagan lo mismo, si quieren conservar mi amistad. De aquí en adelante me cuidaré exclusivamente de mi madre, de mi esposa y de mis hijos, que he podido abrazar de nuevo y darme cuenta de lo que valen.

Y aquel hombre comenzó una vida nueva.

Las pobres mujeres que tienen que luchar con los alcohólicos de su familia, sufren lo indecible. A pesar de los años transcurridos no se me olvida este cuadro: me encontraba una tarde en la Puerta del Sol en Madrid con Salvochea y otros amigos cuando de improviso se presentó el notable literato Alejandro Sawa, cogido del brazo por una hija muy jovencita, rubia, delicada y bonita, que hacía esfuerzos para llevárselo a su casa.

Al divisarnos, se desprendió del brazo de su hija, tiró el sombrero al aire y se puso a gritar, como un loco que era: ¡Viva Salvochea!, ¡Viva la anarquía! Como la muchedumbre que allí había rodeaba con curiosidad al borracho, la pobre niña, avergonzada, rompió en copioso llanto y, con nuestra ayuda, pudo llevárselo a su casa, donde esperaba la esposa acongojada, una señora francesa, con más paciencia que Job.

El alcoholismo en la mujer es menos frecuente que en el hombre. Sin embargo, durante la primera guerra mundial me encontraba en Londres, y las mujeres pobres, cuyos maridos estaban en la guerra, y ellas cobraban una cuota, abusaban tanto de las bebidas alcohólicas, que las autoridades prohibieron su entrada en las tabernas, pero se estacionaban en las puertas y los que estaban dentro les sacaban las bebidas a la calle, burlando así la ley.

A veces beben el hombre y la mujer y entonces se presentan escenas macabras. Casi todos los sábados viene a curarse a mi casa un matrimonio indio en estado de embriaguez. La mujer lleva un niño colgado

en la espalda, dando tumbos y no matándolo por casualidad, y el hombre conduce a dos niños pequeños por las manos, que a veces los arrastra en su caída. Además de sucios, trabajan en el carbón y pocas veces se lavan. La mujer se acuesta en un banco y duerme profundamente, mientras que el hombre balbuceando palabras incoherentes, me pide un remedio para su dolencia. A simple vista es un cuadro grotesco, pero la tristeza me invade al contemplarlo.

He sido testigo de casos de alcoholismo en la mujer, de cuyas consecuencias enfermaron y murieron, a pesar de los esfuerzos de sus esposos, hombres en extremo buenos, para evitarlo.

Entre otros, recuerdo a la esposa de un abogado y profesor de Escuela Normal, un hombre excelente, bajo todos conceptos, y de fino intelecto, que llevó con paciencia extrema el vicio incorregible de su mujer, hasta que ésta enfermó y murió víctima del alcohol. Un hijo que traté de aquel matrimonio, conocedor de la tragedia que hubo en su casa, cuando le ofrecían un vaso de vino, se ponía lívido y lo rechaza con horror.

Viví conmigo algunos años un viejo compañero madrileño, que trabajó mientras pudo como ferroviario, y una hija suya de cortos años, verdaderamente idiota, víctima del alcoholismo de su madre, que no pudo ser corregida, hasta que murió.

¿Quién no conoció en Sevilla, viviendo conmigo en la Plaza de San Marco, a Pepe el Tate (a) Ocho arrobas, compañero de Cantillana, hombre excelente y de un humor extraordinario, siempre bromeando con todo el mundo y no enfadándose más que cuando llegaba la policía, nos detenía a todos y a él no lo admitía en la partida? Pero aquel hombre alegre, cuando se acordaba de su mujer, su rostro tomaba una gravedad extrema, sus ojos se llenaban de lágrimas, y exclamaba con voz compungida: ¡Pobrecita!, por más esfuerzo que hice no pude evitar que muriera víctima del alcohol.

Lo que caracteriza estos casos, es la imposibilidad de corregirlos por más esfuerzos que se hagan.

Ya hemos mencionado en este artículo el caso de un alcohólico que mató a su mujer mientras daba a luz, y que después intentó matar a su hijo. Estos crímenes son muy frecuentes en la locura alcohólica, y las víctimas pertenecen al sexo débil, que son más fáciles de asesinar. Tiempo atrás, hice la autopsia en Jalpa (Zacatecas), de una mujer que había muerto a consecuencia de 35 puñaladas, tres en el corazón, que le había dado el monstruo de su esposo, alcohólico y marihuano. ¡Pobres mujeres!, cuando no se las mata, se les apalea con frecuencia. ¡Cuántas he curado con el cuerpo y el rostro llenos de contusiones!

Basta coger un periódico y raro es el día que no se relaten estos bárbaros crímenes. Tomamos al azar un periódico del día y copiamos:

«Con un puñal en la cabeza, que le penetró dos centímetros en la masa encefálica, una mujer se fingió muerta. Sólo así pudo salir a pedir auxilio, pero falleció cuando le habían extraído el arma los médicos, tratando de salvarle la vida, ya que a más de esas heridas, presentaba trece lesiones más, todas con arma punzo-cortante.

«El crispante crimen se registró en el interior del misero hotelucho «Toledo», ubicado en las calles Quetzacoatl 2 bis, donde la mujer fue atacada por su amante que, en completo estado de ebriedad, le tiró tremendos tajos produciéndole hasta trece lesiones en diferentes partes del cuerpo, las que «remató» clavándole el puñal en la cabeza.

«Andrea Hernández Alarcón, de 21 años, que fue la víctima, ya con el puñal clavado en el occipucio, se fingió muerta, y su amante Carlos Márquez Moreno con los sentidos embotados por el alcohol, al ver que ya Andrea no se movía, se acostó junto a ella en la

misma cama en que la mujer había caído y se quedó profundamente dormido.

«Al ver Andrea que su amasío se había quedado dormido, salió a la calle a pedir auxilio, siendo trasladada al hospital Lubén Leñero, donde se le prestó atención médica; pero no pudiendo sobrevivir a sus graves heridas y falleció momentos después de rendir su declaración.»

Años atrás, la «Revue de París», abrió una encuesta sobre los efectos del alcohol en el organismo humano, dirigiéndose a los hombres más eminentes del país, entre ellos famosos doctores. He de advertir que escribo en el lenguaje corriente, pues para mí no hay hombre de más mérito que el trabajador sencillo y bueno.

En la encuesta hubo respuestas para todos los gustos: unos condenaron el alcohol como bebida funesta, otros lo admitieron tomándolo con moderación; y hasta algunos lo creyeron indispensable para la vida. Pero todos coincidieron en un punto: la condenación rotunda de su ingestión en los niños. Más de una vez, en el curso de mi profesión, he recordado la encuesta aquella, al ser testigo de los estragos del alcohol en la infancia. En una ocasión presencié la muerte de dos niños pequeños, como de tres años de edad, debida a una intoxicación alcohólica aguda. Sus padres y otros amigos, beodos hasta no poder más, hicieron beber a las inocentes criaturas hasta ocasionarles la muerte. Por cierto que esto ocurrió en Sevilla, la ciudad de la gracia, nada menos que en las bacanales de la Samana Santa.

En la República Dominicana asistí a dos jovencitos, como de 15 años de edad, profundamente intoxicados por el alcohol, siendo inútiles todos mis esfuerzos para salvarlos. Las víctimas del veneno presentaban un cuadro patológico muy parecido al que produce una perforación intestinal seguida de peritonitis. Uno de estos había bebido en cuatro días 16 frascos de ron, cada uno de un cuarto de litro, bebida terrible por la cantidad de alcohol que contiene. Los hombres no saben divertirse si no van cogidos de los brazos del alcohol y de la muerte.

Mucho podría decirse sobre la herencia alcohólica, pero entonces se prolongaría demasiado este artículo. Es materia para otro trabajo. Baste decir por ahora que Morel enseñaba que el alcoholismo destruye una familia en cuatro generaciones, y las observaciones de Legrain, de la más alta importancia para la patología y la sociología, confirman plenamente esta afirmación: «Si contamos, dice, 814 individuos en 250 familias, he aquí los resultados: 42,20 p. 100 son alcohólicos; 60,90 p. 100 son degenerados; 13,90 p. 100 son locos morales; 22,70 por 100 padecen de convulsiones; un quinto padecen de histeria o de epilepsia y el 19 p. 100 ha caído en la locura. Además, 174 han desaparecido casi antes de vivir. Si se suman 93 casos de tuberculosis o de miseria fisiológica condenados a la muerte se alcanza la proporción de 32,60 p. 100 o sea la mitad representando el residuo social en bruto por heredo-alcoholismo.»

Como se ve, los males del alcohol son espantosos y alcanza no sólo a los que beben, sino también los que rodean a los bebedores, sobre todo a las mujeres y niños.

Aunque el mal es muy difícil de corregir en la sociedad actual, hagamos los anarquistas cuanto podamos para combatirlo, y apresuremos en nuestra propaganda para crear un medio social donde no sea posible la aparición de estos locos y criminales.

Doctor Pedro VALLINA

BREVUARIO FILOSOFICO

La opulencia es siempre producto del robo.—JERONIMO.

No está la justicia en las palabras de la ley.—ALONSO DE LA TORRE.

El homicidio y la pena de muerte no son contrarios que se neutralizan, sino semejantes que se reproducen.—BERNARD SHAW.

Es la iniquidad la que ha creado la propiedad privada de lo que es patrimonio de todos.—CLEMENTE.

El asesinato en el cadalso es la peor forma de asesinato, porque allí se sanciona con la aprobación de la sociedad.—BERNARD SHAW.

El sabio que calla nos roba.—R. BARRET.

Todo aquel que se erige en Dios se convierte en bestia.—NABUCODONOSOR.

No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización. Cada ser humano es cómplice de su propio destino; miserable es el que malbarata su dignidad, esclavo el que se forja la cadena, ignorante el que desprecia la cultura, suicida el que vierte la cicuta en su propia copa.—INGENIEROS.

Lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, son las ideas.—V. HUGO.

Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.—NIETZSCHE.

Educar a los hijos suele ser, por lo general, reprenderles todo aquello que molesta a los padres. Por eso hay tantos buenos hijos que son hombres insoportables. Es que sólo les han enseñado a ser hijos.—BENAVENTE.

El más ingenioso de los hombres, sería detestable cuando pusiera su ingenio al servicio de la rutina, del prejuicio o del servilismo: sus triunfos serían su vergüenza, no su gloria.—INGENIEROS.

El dolor ennoblece aun a las personas más vulgares.—BALZAC.

Nada se aprende sin un poco de trabajo.—TERESA.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la ética, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domesticados gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, encendiendo sin cesar luces nuevas en los sen-

deros que más tarde recorre la humanidad.—INGENIEROS.

Quien sabe de dolor, todo lo sabe.—DANTE.
Lo que de raíz se aprende nunca del todo se olvida.—SENECA.

Existe esclavitud en todas partes donde hay un hombre que no trabaja, no porque a los demás les dé la gana de trabajar para él, sino porque tiene los medios de no hacer nada y de forzar a los demás a que trabajen para él.—L. TOLSTOI.

El hombre nada puede aprender sino en virtud de lo que ya sabe.—ARISTOTELES.

La justicia no es de ningún modo obra de la ley.—
Cada vez que una generación envejece y reemplaza su ideario por bastardeados apetitos, la vida pública se abisma en la inmoralidad y en la violencia. En esa hora deben los jóvenes empuñar la antorcha y pronunciar el Verbo; es su misión renovar el mundo moral y en ellos ponen su esperanza los pueblos que anhelan ensanchar los cimientos de la justicia.—INGENIEROS.

La justicia es una constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que le toca.—QUEVEDO.

La montaña del valle también es madre y por las tardes la niebla juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.—GABRIELA MISTRAL.

Los únicos bienes intangibles son los que acumulamos en el cerebro y el corazón; cuando ellos faltan, ningún tesoro los sustituye.—INGENIEROS.

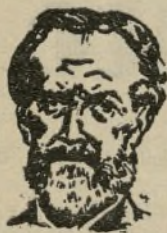
Triste sería el mundo si todo él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar ni una empresa que emprender.—GABRIELA MISTRAL.

El gran dolor es el gran maestro de los hombres.—ANATOLE FRANCE.

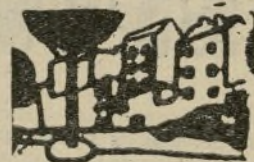
En el siglo XX es necesidad creer que sólo del choque de las armas ha de surgir la bienandanza de las naciones. Las porfías belicosas fuera de razón pueden dar cosechas de laureles y efímeros resplandores de gloria, pero provechosos positivos, ventajas prácticas, no. Unos y otros se alcanzan luchando tenazmente en la escuela y en el taller, en lo hondo de las minas y en lo alto de las regiones donde el pensamiento se satura con la luz de la ciencia.—B. PEREZ GALDOS.

Nada nos engrandece más que un gran dolor.—ALFREDO DE MUSSET.

Una selección de SUNO.



HOMBRES Y CALLES



¡Ese angustioso vacío de ahora!

«Qué dicha más grande la que proporciona el posar nuestro pensamiento en los seres perfectos, en aquellos que son como el ideal logrado de la sociedad futura».

E. RECLUS.

La «rue del General Leclerc» es la más céntrica, la más iluminada y la más incómoda de cuantas se abren en el corazón de la ciudad de Orán. Larga y temible como una culebra (por el riesgo de su excesivo tráfico automóvil) esta famosa arteria arranca urbanamente de la Plaza Blanca para ir a perderse en las remotas alturas del barrio de Gambetta.

Su trayectoria es sinuosa, y su cielo, su luz natural apenas semejan una azulada hoja de navaja barbera que se funde, al anochecer, entre los mil artificiales fuegos de «neon», entre el inmenso murmullo de una multitud que transita, sin ton ni son, de arriba abajo y de abajo arriba. Esto de la muchedumbre sin norte es, indudablemente, un signo de la época. Ortega y Gasset (si viviera) podía sacar de aquí excelentes deducciones para reforzar, aún más, sus tesis respecto a «La rebelión de las masas», no ya en lo afirmativo sino esencialmente en lo que pudieran ser aspectos filosóficos negativos de las cualidades intrínsecas atribuidas, en nuestro tiempo, a la conciencia colectiva. La masa, sin norte, sin ideal, es como un inmenso galápago chapoteando neciamente en el hondo pozo de la inconsciencia y la banalidad.

En la calle del General Leclerc no manifiesta, al menos, el menor destello de lucidez. Aquí brillan solamente los cegadores focos de «neon», publicando la ostentosa llamada del comercio por todo lo alto, y el espíritu de vanidad, y de rutina. Aunque por el tráfico automóvil y urbicola nadie puede dar un paso, se dan millones de pasos tontos no ya por la juventud que hace los primeros serios pinitos en honor de Venus, sino por la gente madura que no sabe en qué gastar el tiempo (ese precioso tiempo que a otros se nos escapa de las manos como los ricos «peces sorprendidos» del poeta); que no sabe en qué gastar el tiempo y el dinero y vienen a tirarlo aquí.

Los cines suntuosos, los bares de postín, las lujosas tiendas de modas, las joyerías, etc., se han dado cita en esta calle, eternamente concurrida, mientras se olvidan otras que por su anchura, por su luz, por su arboleda y por su hi-

giene social debían figurar en primer rango. Ejemplo: el Boulevard Galliéni, la Avenue Loubet y el nuevo paseo «Front de Mer».

Y paralela a la mimada calle del General Leclerc, junto a ella, a sus mismas espaldas, se halla otra calle humildísima, sombría, olvidada, cuya vieja placa nominal reza tímidamente: «Rue de Elisée Reclus».

Es una calle corta (como dijo Schopenhauer que eran las ideas de los que, por naturaleza, tienen el cabello largo), y sus casas son generalmente de baja estructura y un poco pálidas. Resulta en realidad asombroso el ver cómo coinciden en apenas cuatro metros, la pretenciosa e inútil vanidad de la burguesía urbana con la noble condición del proletariado. Ahí viven los industriales, los comerciantes, los banqueros, los abogados, los altos funcionarios; aquí los carpinteros, los impresores, los albañiles, los metalúrgicos, los chóferes, las diligentes y amables acomodadoras del cine y algún que otro empleado de pompas fúnebres. Pero no se confunden. Viven casi juntos, y se ignoran y hasta se repudian recíprocamente. El principio de la lucha de clases, no es, en efecto, una mera disquisición intelectual de Proudhon y de Carlos Marx. Estas dos calles, bien vistas, son como un capítulo sociológico incontrovertible de la «Filosofía de la Miseria». Parece como si por encima de la voluntad de los hombres (de esos hombres inocentes que trazaron hace muchos años las simples líneas urbanas de estas calles) hubiera operado una fuerza inmanente de la Naturaleza, prescribiendo la elocuentísima significación, el deleznable simbolismo que habrían de tener en el futuro; o al menos el que le inspira al autor particular de estos párrafos. Bien se sabe que la imaginación del que escribe puede ir muy lejos, pero con un poco de buena voluntad por parte del que leyere, éste puede acompañarle sino hasta la meta al menos hasta cierta considerable distancia. ¡Y por esos caminos del goce y del dolor, de la sombra y de la luz, de la sabiduría y de la ignorancia, de la vida y de la muerte; por esos caminos tan distintos tropezaríamos, inevitablemente, con «El Hombre y la Tierra», con el hombre y la guerra.

¿Qué pensaría el «sabio bueno y rebelde» si estuviera aquí conmigo en esta mañana gris del otoño africano, contemplando la estrecha boca de la calle que los oraneses se dignaron ofrendarle hace un buen puñado de años? Probablemente que diría, en la ejemplar sencillez de su inteligencia y de su carácter, algo parecido a lo que dijera Diógenes: es más grato vivir en un tonel con la conciencia abierta a

todas las más grandes y las más nobles inquietudes humanas que en el palacio suntuoso, pletórico de vanidades, de ambiciones, de prejuicios y de rutinas ancestrales.

A las diez y media de la mañana la calle de Elisée Reclus está casi desierta. Cuatro coches estacionados al borde de la acera esperan pacientemente a sus conductores respectivos que deben estar tragando aguardiente en cualquier bar de la otra calle. Unos peatones cruzan de prisa para ganar las arterias comerciales. Llevan una cartera grande colgada de la mano, y pasan por aquí como almas que lleva el diablo.

Estoy delante de un pequeño taller de mecánica cuyas relucientes máquinas hacen un ruido raramente, agradablemente, amortiguado. Cuatro o cinco obreros con monos azules y sus caras jóvenes llenas de manchas se afanan en la fecunda y diaria tarea. Tres puertas más allá percibo un intenso olor, un fresco y enervante olor a jazmín, a clave-llina, a malvasisco. Es la trasera de una tienda de flores. Sale una chica de muy bien ver que lleva un diminuto mandil color de huevo graciosamente anudado a la cintura. Se agacha a recoger unos lirios y otras yerbas, para mí, desconocidas. Como recelando alguna mirada penetrante, se

—¡Naturalmente ¡Al glorioso general Leclerc lo conocen aquí hasta los gatos!

Más adelante se tropieza con el ruido monótono, viril, acompasado, de una imprenta. Este es de los pocos establecimientos que dan aquí la cara. No le ocurre lo que a la tienda de la florista que es todo trasero, espalda, y patio de escape. Miro con cierta timidez al interior del local que no es muy amplio y está lleno de paquetes, de máquinas, de grasas, tintas, de papeles sucios y de seres inmóviles que están delante de las linotipias como estatuas obreras de la automatización.

—¡Pase, pase!

—Usted es viejo en el oficio, ¿verdad?

—Desde que mi padre llegó a casa procedente de Verdun el año 17, con un brazo de menos, y me puso a trabajar de aprendiz en cierta imprenta parisina.

—...

—En París se han hecho siempre muy buenas ediciones. Por mis manos han pasado los principales textos que se ofrecen para la enseñanza en las escuelas, los institutos, y hasta en las academias del Estado.

—¿Conocerá, entonces, de cerca o de lejos una de las



Calle de Elisée Reclus en Orán.

volvió y clavándome unos ojos grandes, como dos ascuas, sonrió un poquito y se fué hacia adentro tarareando el «cha, cha, cha».

—Oiga joven, ¿me permite una pregunta?

—Diga.

—¿Esta es la calle de Elisée Reclus?

—Sí.

—Aunque sea indiscreción, ¿podía usted aclararme quien fue ese hombre?

La muchacha del mandil color yema de huevo, se echó a reír, y se inclinó a recoger dos nardos que se le habían caído.

—No, señor, no tengo la menor idea.

—¿Pero conocerá, sin embargo, al que da nombre a la otra calle?

obras más grandiosas de la bibliografía educacional francesa?

—¿Cómo se titula?

—«El Hombre y la Tierra».

El cincuentón discípulo de Gutenberg, que tenía el pelo cano y los ojos de vencejo, comenzó a rascarse la cabeza en un pudoroso gesto de dubitación.

—Pues no, no señor. No he oído nunca hablar de ese libro.

—Ah, ya.

—Y, sin embargo, podía contarle a usted hasta los pormenores de la vida íntima de Napoleón, de Clemenceau y del propio general Leclerc. ¡Son tantas las veces que he compuesto textos consagrados a sus biografías!

En la puerta de un gran edificio de la «clase media» hay

un muchacho joven con lentes que está leyendo, de manera interesado, un periódico del día. Debajo del brazo lleva dos libros, y aunque con dificultades puedo leer en la parte superior de la pasta primera el nombre de J. Paul Sartre. Después supe que se trataba de la intrascendente novela «La P. Respetuosa».

—¿Vive en esta calle?

—¡Claro!

—¿Estudiante?

—De todo un poco. Es decir trabajo y estudio al mismo tiempo.

—Muy bien.

—¿Puede decirme, si no le sirve de molestia, por qué le dieron a esta calle el nombre de Eliseo Reclus?

—No sé. Quizá por el capricho de algún edil poco verificado en la importancia social que adquieren algunos patronímicos.

En ese momento desciende por la empinada escalera interior una chica que no debe tener más de veinte septiembres, y el estrépito y el brio de sus tacones nos cortan el hilo gordo de la conversación. Son amigos y se queda allí plantada.

—¿Pero conoce culturalmente a ese hombre tan notable! ¿Verdad?

—¿A quién?

—A Eliseo Reclus.

El muchacho miró a la muchacha. Se quedaron un poco perplejos y después casi riendo, exclamaron:

—¡Vaya unas cosas que tiene este hombre! Si nos hubiera preguntado por hombres verdaderamente célebres, por personalidades de merecido prestigio tales como Sartre, Kopa, Mendès-France, Chevalier, Sofía Loren, el mariscal Joffre,

Fernandel, o Picasso, le hubiéramos contestado al instante; así, adivina, adivinanza...

Con la llegada de los niños, de la alegre algarabía de los niños que han comitado las anchas puertas de las escuelas, guardadas ahora como los cuarteles, abandono yo esta calle llevando en el corazón y en el espíritu una pesada carga de amargura.

No es que las placas callejeras, ni los mármoles honoríficos, ni los monumentos, ni las condecoraciones tengan éticamente ningún valor positivo para los que pensamos en libertario; pero encoge el ánimo, apena el pensar en esa tremenda ignorancia en que viven los pueblos respecto de aquellos hombres que, amándolos, se afanaron abnegadamente por orientarlos, por educarlos, por emanciparlos.

La egregia figura de Eliseo Reclus, el geógrafo, el filósofo, el sociólogo, el escritor, el conferenciante que enalteció con su conducta de apóstol y su talento de sabio las más altas capas de la vida espiritual y social de éste y de todos los países, merece un destino mucho más digno que el que le ha deparado esta época banal, absurda, contradictoria, egoísta y estancada que estamos viviendo.

Merece más, mucho más, pero, bien visto, tampoco es muy razonable pedirle peras al olmo. En fin de cuentas a nuestro Eliseo le ocurre lo que a tantos hombres preclaros que se dieron a la causa del Progreso, de la Justicia social y de la Libertad. El (para nosotros), inolvidable autor de «El Hombre y la Tierra» tampoco es profeta en la suya; que a esto equivale, en síntesis, el que nadie lo conozca en la humildísima, silenciosa y casi ignorada calle que lleva su nombre.

Conrado LIZCANO

PARA LOS LECTORES DE «CENIT»

Informamos a nuestros lectores, que ya están encuadernados y dispuestos para la distribución, los tomos de «CENIT» correspondientes a los años 1951, 1952, 1953 y 1954.

Su precio, todo comprendido, será de 850 francos.

Tenemos también listas y pronto serán devueltas a los compañeros que nos enviaron las colecciones que nos remitieron para ser encuadernadas. El precio de la encuadernación y gastos de envío, es de 250 francos tomo. Todos aquellos que tengan colecciones para encuadernar, pueden remitirnoslas en las condiciones antes indicadas.

Los compañeros deben tener en cuenta que en el año 1953 empezó la publicación de «Marx y Bakunín», de Fritz Brupbacher, seguida de «Ideario», de Ricardo Mella. Los compañeros que deseen que les encuadernemos aparte «Marx y Bakunín» e «Ideario», pueden remitirnos los folletos. El precio de esta encuadernación, aparte de los tomos de «CENIT», será de 50 francos ejemplar.

En aquellas Comisiones de Relaciones donde hay depósitos de librería, habrá también, a disposición de los compañeros, colecciones encuadernadas de «CENIT».

LA ADMINISTRACION DE «CENIT»

POETAS DE AYER Y DE HOY

LA VIOLENCIA

(Al pueblo de Hungría)

Después de tanto esfuerzo y sacrificio,
después de tan amargas experiencias,
después de tanta sangre derramada
aun sigue triunfando la violencia.
Sucumbe a sus falanges cada pueblo
valiéndose del hambre y la pobreza.
Sucumben a sus huestes iracundas,
ideas, esperanzas y promesas.
La mentira se viste de verdades,
la perfidia de nobles apariencias,
de honores se engalana el homicidio,
y el fruto de esta infamia es la miseria.
La voz de todo un pueblo se ha callado
al empuje de frías bayonetas,
y otra vez ha corrido por las calles
la sangre de las masas indefensas.

Otra vez el acero de las armas,
en nombre de legítima defensa,
ha impuesto el dominio del castigo,
usando de la horca y las cadenas
contra un pueblo que al fin se levantaba
con heroica y unánime protesta,
reclamando el derecho incoercible
de amplia libertad e independencia.

La fuerza es el tirano ignominioso
que reina hoy por doquier en la tierra,
que hace que los pueblos o se inclinen,
o mueran combatiendo como fieras.

La soberbia ignorancia de los hombres,
remilgada en su noche de tinieblas,
ostenta sus altivos estandartes
mancillados de sangre y de vergüenza.
De nuevo aquellos gritos de los parias;
de nuevo aquel crujido de cadenas,
de nuevo aquel martirio inconsolable
de atroces represalias y sentencias.
De nuevo aquel silencio de amargura,
de nuevo aquel acecho, aquella espera,
de nuevo aquella muerte cada día...
de un pueblo que agoniza por la fuerza.
La senda de los pueblos oprimidos
se humedece de lágrimas y quejas,
se cubre con la sombra de sus muertos,
se riega con la sangre de sus venas.
Después de tantos pasos progresivos,
tanto ensayo en reformas y sistemas,
después de tantos códigos humanos,
¡aun sigue triunfando la violencia!

E. V.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELÉNDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARRA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 375 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Marías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y festivas». Prólogo y notas de J. María Salaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador». «Los siete infantes de Lara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 francos.

«Ética», Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marie. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos